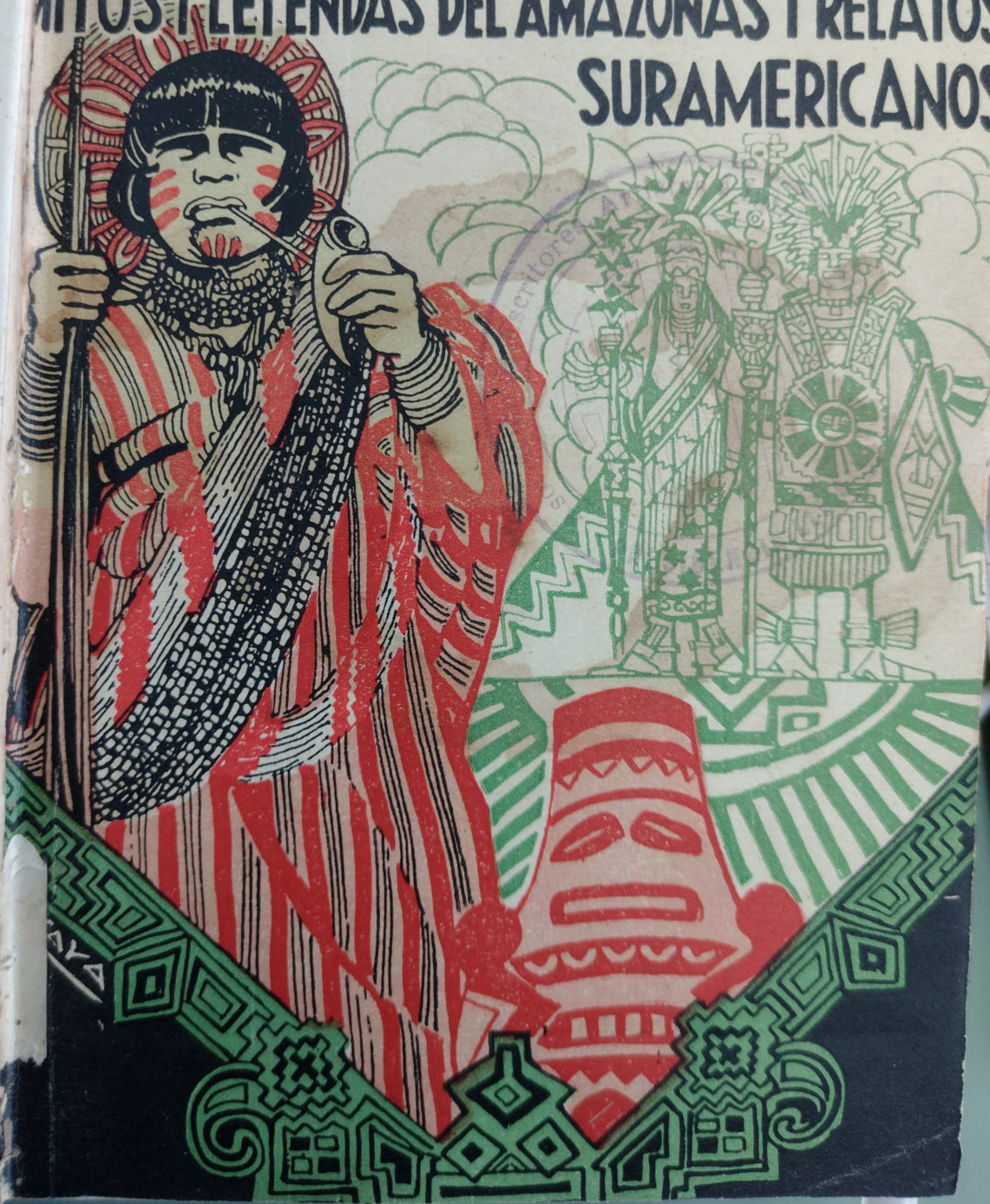
ARTURO BURGA FREITAS

300

AYAHUASCA

MITOS Y LEYENDAS DEL AMAZONAS Y RELATOS SURAMERICANOS



AYAHUASCA

PUBLICADAS:

"AYAHUASCA"

Mitos y Leyendas del Amazonas y Relatos Suramericanos

EN PREPARACION:

BATELON — CAFE

Novela Amazónica

ARTURO BURGA FREITAS

AYAHUASCA

MITOS Y LEYENDAS DEL AMAZONAS Y RELATOS SURAMERICANOS



EDITORIAL TOR
Río de Janeiro 760
BUENOS AIRES

LIBRO I

MITOS Y LEYENDAS DEL AMAZONAS

A la Universidad de San Marcos de Lima, mi vieja casa, en la persona de su noble y talentoso Rector: doctor Alfredo Solf y Muro, estas modestas notas de tierra adentro.

AYAHUASCA

¡Selva!

Te dí mis mejores años; mi mayor amor fuiste tú. Todo lo dejé por ti.

La nostalgia de tu silencio poblado de misterios, el verdinegro hondo de tus noches fantásticas y bellas, tus "luares" incomparables, robaron, siempre, algo del encanto de mis mejores horas, en las grandes ciudades de mentida civilización; porque quien te conoce no te olvida jamás, y sufrirá eternamente del mal de tu saudade.

Por lo que soñé. Por todo lo que de ti esperé y no alcancé... ¡pues todo paso en ti es una aventura sin suerte! Por el vino de ilusión que vertiste en mi copa desde temprana edad; por la ilusión perenne de mis viajes! Por mis locuras y mi soledad, bebamos hoy

el "ayahuasca" de la literatura, que ojalá como tu fuerte bebida, aunque fuera por breves instantes, nos regale el olvido, la quimera y el ensueño!...

AYAHUASCA. — Bebida más fuerte que el opio y la morfina, que toman los indios del Amazonas peruano, que hace soñar y da clarividencia.

EL ARBOL DE LAS LAGRIMAS DE SANGRE

Allá, en las cabeceras del alto Pisque, río pardo de lento correr entre playas blancas, tributario del Ucayali, yo ví una tarde, tras el recodo de una isla, el volar simétrico y elegante de una bandada de garzas rosadas. Perdiéronse en el horizonte volando, volando!...

Hubiera querido seguirlas a todo el remar de mi canoa, pero fué imposible. No habría alcanzado jamás este vuelo la paradojal velocidad de mi pequeña piragua.

¡Maravilla de vuelo rosa entre el violeta hondo del río y el cielo, polichinela multicolor olvidado, que regala su última moneda de oro — el sol — a la noche pensativa que se acerca, en medio de cierto vacío que da tristeza! La selva es triste al anochecer, cuando la vida, representada por

sus mil y mil animales bulliciosos se aduerme, para dejar oír los cantares agoreros y nostálgicos, de aves de leyenda y de misterio.

Aquella tarde, forzando la vista, perdido en la lejanía del horizonte, ví también un cerro enorme, verde azulado, que semejaba el lomo de una descomunal tortuga, tendida sobre los montes. A mis preguntas contestaron los indios contándome que aquello era Manshan Maná o el "Cerro de la Tortuga"... En el centro mismo de éste existe un árbol, y besando sus plantas un lago, de aguas inmóviles como la muerte. De las hojas y ramas del árbol están cayendo, eternamente, unas gotas blancas. Pero cuando sus frutos caen a las aguas del lago, éste se tiñe de rojo en toda su extensión, instantáneamente: de un rojo sangre!

Los indios atribuyen el fenómeno al Yushin — demonio que se embravece al comer estos frutos, tiñendo las aguas del lago con la sangre de sus ojos diabólicos.

Aseguran que todo esto pasa por estar el árbol maldito, desde que en sus ramas se ahorcó Inca Nima, el sanguinario y famoso curaca Shipibo.

Hace algunos centenares de años que Inca Nima reinó sobre una multitud de indios, en Manshan Maná. Fué este lugar el centro de su vasto curacazgo, integrado por

las más diversas tribus, que antes jamás estuvieron unidas: Cunivos, Shipibos, Setebos, Cashivos y Coto-Ahucas.

Inca Nima era soberbio, violento, cruel. Su medio de acción normal era la violencia y la fuerza, sobre cuyas bases estaba organizado todo en sus dominios: sus vasallos lo querían porque lo temían. Sus decisiones nunca eran discutidas, eran leyes inapelables.

No tenía amores. Vivía retraído, preocupado por sus ambiciones políticas de poderío. Sólo se le conocía una gran pasión: la de ensanchar más y más sus territorios y mandar en el mayor número de pueblos.

Era alto, de pocas carnes, pómulos salientes y labios carnosos que poco sabían del beso y la sonrisa. Sus ojos hundidos y negros, rapaces e hirientes, cortaban. Vestía una "cushma" marrón con vetas negras. De ademanes despóticos y autoritarios poco había en su persona, en verdad, que inspirara simpatía.

Así llegó a unir indios de tendencias tan encontradas. A todo esto aunábase el poder de la leyenda, en torno a su personalidad de curaca: decíase que era descendiente directo del grande e invencible caudillo indio, cuya memoria veneran todas las tribus de estas regiones: Santos Atahualpa, que un tiempo llegara a unir íntegramente

las tribus de las selvas contra el poder español del siglo XVIII.

Pero un hecho insólito vino a turbar un día esta paz. Secretamente llegó hasta el centro de los dominios de Inca Nima la noticia de que cerca de Charash Maná — cerro del estero — aparecieran unos personajes extraños de grandes barbas blancas y cushmas raras y larguísimas, que hablaban con inmensa dulzura y bondad una lengua desconocida. La nueva fué extendiéndose con la mayor prudencia entre los jefes caracterizados de Inca Nima. Los ancianos de la tribu aseguraron no haber visto jamás hombres iguales, y deliberaron muchas noches, fumando sus shimi tapones, en rueda, lejos de la mirada del curaca, sobre suceso tan singular. Y al fin, sugestionados fantásticamente por el relato de los que decían haber visto a los extranjeros, resolvieron, con inquietud incontenible, ir a convencerse por sí mismos del hecho, a espaldas de Inca Nima, con el oculto propósito de matarlos, inmediatamente después.

Curin Cushi, del Consejo de los Ancianos de Inca Nima se informó ocasionalmente de la noticia, y se unió a los suyos. Se presenta al curaca y le pide autorización para explorar río abajo una zona, en la que dice haber encontrado huellas de los Coto Ahucas, antiguos enemigos de Inca Nima.

El curaca, ignorante de todo, ordena que al día siguiente salga una expedición de 300 arqueros, 200 lanceros y 100 macaneros, a las órdenes de Curin Cushi.

En una playa cercana a Charash Maná, la expedición de Curin Cushi, encuentra efectivamente, dos chozas sencillas de paja, en las que dos ancianos tranquilos y confiados nada saben del mal que se acerca. Curin Cushi ordena que las balsas atraquen en la orilla próxima, antes de ser vistas, y embarcándose en una canoa ligera, con algunos arqueros, se desliza cautelosamente. Los ancianos de vestimentas raras lo miran inquietos, pero con profunda mirada de bondad y de paz. Luego repuestos de la sorpresa sonríen al jefe shipibo, invitándolo a sentarse, e indicándole por señas que desean su amistad. La mirada agresiva de Curin Cushi se encuentra con la mirada serena de los ancianos. El jefe shipibo se siente dominado, atraído por esa mirada. Toda la ira y preparación que traía sien te que va transformándosele en simpatía irresistible. Lucha consigo mismo para no demostrar que su ánimo guerrero se ha deshecho ante la mansedumbre de sus supuestos enemigos.

El jefe shipibo ordena la aproximación de sus guerreros en son de paz, los que con presteza improvisan rústicos techos de

paja, alrededor de las chozas de los ancianos, encendiendo grandes fogatas para hacer la comida y protegerse. ¡La noche está encima!

Los ancianos llenos de inquietud van de un lado a otro de la playa, prodigando sonrisas de bondad, y los indios bajan la cabeza a su paso, sin saber si sonreír también como ellos. Algo raro se apodera de sus almas, un sentimiento jamás experimentado. Se sienten atraídos por esas miradas. Más predispuestos a proteger que a matar a los ancianos.

El fuego, en medio del silencio de la noche, pinta de escarlata los rostros; ya no se nota en los indios ademanes de canibalismo. Permanecen mudos, mirando curiosamente a los hombres extraños. Sólo se oye el rumor del río, y de rato en rato el grito lánguido de algún tibis que pasa a ras del agua, pescando.

Entonces el más anciano de los extranjeros habla de una doctrina de amor y felicidad a los indios, quienes no entienden bien, pero la sienten, y poco a poco vánse acercando, acercando al predicador, sumisos, impresionados! Tal es el fuego y el calor de vida que pone en sus palabras.

Al finalizar la oración los guerreros están postrados a sus plantas en la playa, es-

cuchándolo. Hecho extraordinario entre los mencionados indios, celosos de sus tierras, que nunca antes de ahora perdonaran la vida al intruso.

Había algo de brujo encantamiento en la influencia irresistible de estos hombres?

Curin Cushi manda un emisario a Inca Nima pidiendo refuerzos, pretextando una supuesta campaña de sometimiento de los Coto Ahucas, pero con el oculto propósito de hacer que todos los súbditos del curaca conozcan y admiren personalmente a los extranjeros, oigan de sus labios la palabra de bien y unión entre los hombres, que él también ha llegado a sentir.

Inca Nima inocentemente accede al pedido de su jefe de máxima confianza, quedando sólo con sus familiares y fieles cashivos en Manshan-Maná.

Pero un familiar del curaca se entera de lo sucedido en forma confidencial, y le informa del secreto.

Gran indignación se apodera de él entonces, con los pocos cashivos que permanecen fieles a su lado, dirígese precipitadamente hacia Charash Maná, a donde llega al anochecer, cuando todos duermen.

Da un salto a la playa y ya se dirige con la macana (1) en alto a la choza del más an-

(1) Instrumento plano de una madera muy dura, sobre la que apoyan la flecha los indios, a la manera del arcabúz.

ciano de los extranjeros, decidido a matarlo, cuando sus súbditos lo descubren y gritan angustiados. El curaca despreciativo se precipita dentro de la choza, iracundo, y va a asestar el golpe mortal al anciano de barbas de nube y palabras de amor, cuando ve en sus ojos tal gesto de humanidad y confíada bondad que se desconcierta. Baja la macana colérico y ordena a sus hombres apresarlos, sin embargo, atarlos fuertemente y regresar todos a Charash Maná. ¡Aquél guerrero implacable!...

Llegado a su campamento, cercano al "Cerro de la Tortuga" Inca Nima hace conducir allá a los prisioneros, donde manda arrancarles los ojos y ahorcarlos finalmente, en las ramas del árbol embrujado que el viajero vé a lo lejos, sobre el lomo del cerro legendario, perdido entre las brumas del horizonte.

Pasan algunos meses.

Inca Nima aguarda en vano el regreso de sus súbditos, dispersos por ríos y montes, desde los fatales acontecimientos mencionados. Nadie vuelve. Día a día váse quedando sólo con sus remordimientos, perseguido incesantemente en su imaginación por el mirar sereno y dulce de los predicadores del amor, a los que diera muerte tan cruel... La pena de ver su imperio destruído, el más amado fruto de toda su vida,

lo lleva finalmente a desear la muerte, como una liberación.

Una mañana opaca, lluviosa, toma una canoa y surcando el río Pisque llega a Manshan Maná. Anuda a su garganta unas fuertes sogas de tamshi y subiéndose a lo alto del árbol, desde una de sus ramas, se avienta al vacío!

Ahí queda el cuerpo del más poderoso curaca del Ucayali, abandonado, dando vueltas y balanceándose, cada vez que los gallinazos se posan sobre él, para llevarle un pedazo de las carnes.



Y ahora dicen los indios que aquel paraje está maldito..., y no hace mucho tiempo llegó hasta allí uno de los descendientes de Inca Nima, y alzó la vista hacia lo alto del árbol, para ver dónde había muerto su poderoso abuelo, quedando al momento ciego. Una de esas gotas blancas, que por toda la vida llora el árbol había caído en sus ojos. La mala acción del abuelo alcanzaba todavía a sus descendientes.

Desde entonces nadie ha vuelto a acercarse al "Cerro de la Tortuga". Se le mira con cierto terror supersticioso. Y el árbol permanece allí años de años solitario, llorando sus lágrimas de nube, sus lágri-

mas blancas. Alguna vez estas lágrimas son de sangre, — en la imaginación indígena, — cada vez que uno de sus frutos se desprende y rueda a las aguas del lago, tiñéndolo de rojo violento... Debido sin duda al Yushin demonio fantasmal que duerme en sus profundidades!, aseguran impresionados los indios...

BAJO EL CIELO
DE LOS CHAMAS

1

La noche se agrandaba. El verde botella de la selva hacíase cada vez más espeso. Ya no se veía ni a un paso de la canoa, que surcaba y surcaba la corriente, al empuje esforzado de las tanganas de Ishpico y Teocho, y el remo vigilante del popero Miguel.

Teníamos que acampar en alguna parte. Los peones no daban más!

Lo hicimos en la casa del "Comandante", un viejo chama así llamado entre los moradores del río, por la costumbre tomada del bautizo de los primeros misioneros, que lo hacían improvisadamente, echando nombres pomposos y altisonantes a la indiada. Hoy los indios gustan de estos nombres y han creado otros por su cuenta, haciéndoselos dar por el primer viajero que pasa por sus chozas. Han gustado de la parte externa, li-

túrgica, del sacramento bautismal, y sujetan alborozados a sus hijos, mientras cualesquier criollo derrama agua del río o la lluvia en la cabeza hirsuta de los pequeños chamas, dándoles un nombre sugestivo...

Así se explica el caso del "Comandante", bautizado tal vez por algún patrón de instintos guerreros...

—Más arriba hay un "Capitán", — dice riendo Ishpico Ramírez, el puntero de nuestra canoa, mientras tienta las aguas turbias de la orilla, con la punta de la tangana — palo largo que se usa como palanca en estas regiones, para empujar las canoas — buscando el mejor sitio para atracar.

Subimos a la casa del "Comandante", muy grande, hecha como para albergar a muchos hombres. Se me ocurre que este "Comandante" sea algún diplomático chama, encargado por sus paisanos de mantener las buenas relaciones con los "ushu manshan", — garzas blancas — como ellos nos llaman. La casa es como todas las casas de estos indios, en su estructura primitiva y simple, pero más grande, con el techo más alto, más aireada. Está silenciosa. A la sombra de un mortecino farol colgado de un huacapú — columna de una madera así llamada — se dibujan dos o tres mosquiteros.

—Comandantee... — gritamos.

—Somos pasajeros... El "Comandante"

ya no vive aquí; se ha mudado a la banda, de temor a las enfermedades que traen los blancos!... — contesta una voz grave.

Trabamos conversación.

Yo soy Pedro de Gradia... Vivo en el río Ucayali, allá en Roaboya está mi casa — dice un viejo magro y de presencia simpática. Sale del mosquitero desperezándose.

—Estamos buscando zarza...

—¿Para qué?

—Para remedio.

—¿Y por eso vienen de tan lejos?

—¿Qué se ha de hacer, señor? — contesta indiferente, con el gesto del trotamundos amazónico, para quien no existen las distancias. Y se aparta. No dice más. Y sale silencioso, flojo, del palacio del "Comandante" chama, a mirar el cielo. Yo y mis compañeros de viaje nos ponemos a tender las camas para dormir.

El viejo mira y mira sin decir palabra el cielo. Parece que las estrellas le hablaran un lenguaje conocido, esta noche maravillosamente azul, poblada de estrellas. Mira y mira la seda azul del cielo, deteniéndose en la gema blanquecina de Venus y en Marte, el rubí incomparable. Estará leyendo misteriosas historias ultraterrenas? Me acerco a hacerle preguntas curiosas, y nos enfrascamos en una singular charla sobre estrellas. Me habla así:

"Nosotros "los blancos" muy poco vemos en el cielo, a no ser una que otra estrella que nos sirve para orientarnos y fijar los puntos cardinales. En cambio los chamas — nombre genérico de indios Cunibos, Shipibos y Sétebos — tienen su mundo en el cielo! Cada estrella o planeta, cada constelación, tiene para ellos un significado, llegando a tejer en ciertas ocasiones, con este motivo, bellas leyendas, explicándose por la imaginación muchos problemas de la naturaleza, inalcanzables a sus inteligencias sencillas.

"La presencia del sol o de la luna, con sus varios tonos de intensidad, la aparición o desaparición de una estrella o constelación, son hechos que ejercen incalculable influencia en sus vidas: en sus trabajos agrícolas y de pesquería o peregrinación, pues son nómades por excelencia. Viven errantes; hoy aquí en un recodo del río, mañana en una isla o en una playa.

"Bari es el sol, el dios de gran poder. Habichu Baritia un tiempo de sol o sea un año solar o verano. Habichu Use: una luna o un mes. Cuando el disco solar está en la mitad, Bari proporciona al cazador o pescador el tiempo necesario para la búsqueda de la caza o la pesca. Use, la luna, dá la enseñanza de la confección de los alimentos para sus hijos menores del espacio, los que es-

tán bajo su dirección, en la misión que cumplen con los habitantes de Mai, tierra o globo terrestre. Shequi Tuscan, — tuza de maíz — conjunto de estrellas que aparecen en todo su esplendor en el mes de mayo, a orillas del Chasun Vai — chacra del venado — anunciando la época de la siembra del maíz y de las yucas, y Whistin Ani, estrella grande que sale a la madrugada, — Venus — tiene la misión de despertar a los habitantes terrenales dormidos con su luz, para que se apresten temprano a efectuar sus distintas faenas, y que Bari nos los halle todavía acostados.

"Las estaciones conocidas por los chamas son solamente dos: Bari Tián, época de sol, y Gene Tián, época de aguas o de lluvias".

Calla el viejito magro, de ojos rasgados y dormidos, que vieran pasar tantos veranos de las selvas, preso de una añoranza íntima o tal vez de un recuerdo de amor? Sus ojos han reflejado instantáneamente la luz de un recuerdo, como el rayo lejano en los atardeceres del río!...

Nuestros compañeros de viaje se han quedado dormidos. Nos rodean las sombras de sus mosquiteros. La luz azulina de las estrellas y la arena de oro del "camino del venado" — vía láctea — riman en contrapunto con el verdinegro gigantesco de la selva y los diez mil alfilerazos de sus ruídos mis-

teriosos y extraños, que se prenden a mi piel de recién llegado, mientras don Pedro se pasea silenciosamente fuera de la casa del "Comandante", tomando aire y fumando en su shimi-tapón, cargado con buen tabaco de mazo.

—¿Qué más don Pedro? ¡Cuénteme algo más de lo mucho que sabe y le han contado los chamas!

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque le oí hace un rato dar una orden a uno de sus peones en perfecto chama, y le veo ahora funmando en la típica pipa de ellos.

—¿Muchos años vive por aquí?

—Todos los que tengo. He nacido entre estos indios, pues mi padre, que era italiano, murió trabajando también entre ellos, hará unos 90 años... Pero vámonos a dormir porque ya va a aparecer Whistin Ani, y tenemos que bajar temprano, — agrega con preocupación.

Pero yo le explico contristado que al día siguiente nosotros tenemos en cambio que subir. Le ruego que prolongue un poco más la velada, y me cuente la historia de la Venus chama.

Sonríe al fin, orgulloso, y continúa:

"Dicen los chamas, y a ellos se lo dijeron sus abuelos los cunibos, que Whistin Ani, o estrella grande, tuvo la misión de lla-

mar a los hombres a la nueva vida, después del cataclismo y hundimiento de los pueblos Cumancaya (perdiz derecha) y Shuaya (comesón) que se hundieron por el pecado, convirtiéndose en grandes lagos, según creencia cuniba, en justo castigo de los desórdenes y excesos que habían cometido en los últimos tiempos. Sumergiéronse los habitantes en las profundidades de estos lagos, que hasta ahora existen, enormes y conservando los mismos nombres de siglos remotos.

"Después de muertos todos los habitantes de los pueblos nombrados, quiso Yushin — espíritu, cosa impalpable — hubiese nueva generación, la que debía nacer sin pecado original, entrando para la realización de tal propósito en consulta con Tita Use, o madre luna, para ver la mejor forma de hacer venir a los nuevos hombres.

"Al fin de largas conversaciones secretas con los astros Yushin hizo nacer del fondo de los lagos encantados una pareja de loros, de elegantes y vistosos plumajes, que habrían de ser los padres de las nuevas generaciones, a los que no les estaría permitido cohabitar. El macho sólo podría apuntar con el dedo en medio de los pies de la hembra, quedando con este acto saciado el apetito carnal. Y así fué como al cabo de un tiempo parió la lora de en medio de los dedos de las patas — dice la leyenda — cua-

tro grecas de distintos colores: Ushin, Yancun, Ushu, Huisu: rojo, azul, blanco y negro, que simbolizan, sin duda, los cuatro colores de las razas humanas.

"Whistin Ani, debía llamar a la madrugada a los que iban a ser habitantes de la nueva tierra. La cinta — o sea la raza — que primero respondiese sería la preferida por Yushin y sería la dominadora. Y al llamamiento de Whintin Ani, cuentan los abuelos chamas, que respondió antes que ninguna, la primera, la greca de color blanco, que desde entonces domina, en premio de haber sido la mejor madrugadora al llamado de la estrella grande, que despierta a los chamas diariamente, al trabajo y la lucha con el remo, el río y los montes.

"Desde entonces en sus fiestas se ríen y hacen inculpaciones a la flojera de sus abuelos, que no contestaron primero, para mandar hoy sobre sus patrones explotadores, "los blancos".

¡Ahora serían ellos los que tendrían en sus manos la suerte de los "ushu manshan"!...

"Y en algunas madrugadas, al bajar el río Ucayali, donde viven, cuando Whistin Ani riela sus aguas con su luz blanca, se les oye cantar esta nostálgica y viejísima canción, alusiva a la leyenda que le cuento, de

cuya antigüedad muy poco saben ellos mismos:

USHU

"Ushu manshan uhaí
"uchuquca shinan vei,
"Paru ani queibaque
"ushu junibo veai,
"Bari-tia tibi huiso
manshan buetan nishai
"Paru manshín nihaivu
"Vuecahun vuecahun vei".

"Cuya traducción es:

BLANCO

"Blancas garzas vienen
de lejos ideas traen,
"Al través del "río grande" (el mar)
gentes blancas vienen
"En todos los veranos
con garzas negras caminan,
"En las playas del Paru (1) juntán-
(dose caminan,
Vengan, vengan, venid"...

Todo esto me narra don Pedro fumando siempre su shimi-tapón...

(1) Me aseguró don Pedro que los chamas llaman Parú al río Ucayali, desde lejanos tiempos.

2

Estaba escrito que habría de necontrarme nuevamente con don Pedro de Gradia, el magro y sabio viejo narrador de la vida chama, en su casa de Roaboya: un paraje sencillo y agreste, como tantos del río.

A mis repetidas instancias, y viendo el gran interés que tenía por estas "cosas de muchachos", como él llamaba a esto de andar contando historias y leyendas, al anochecer, cuando salimos al patio de la casa a "tomar aire", sentados en rústico banco, me señala en el cielo, con la mano rugosa y trabajadora, un grupo de estrellas que andan cercanas a la luna, la diáfana y bruja luna de estas selvas, diciéndome:

..— ¡Ahí está el Huismabu!...

—¿Las siete cabritas?...

—Si... ¿No vé esa línea de estrellas que se corta... esa línea más chica que la otra? Ese es el hermano a quien el lagarto le comió una pierna, pues...

Le miro asombrado. Y entonces con su acostumbrado gusto de narrador, me cuenta, que:

"Una vez el sensual y caprichoso Bari, en un rapto de extraña lujuria, convivió con Tita Use, la madre luna, como sabemos, quien quedó embarazada, de manera anormal. Romance senil, contra natura, que dió fruto a los nueve meses consabidos; estos expiraron sin que se hiciera presente el fruto prohibido. Sólo después de doce meses la angustiada doncella llegó a ser madre, gracias a un malhadado rayo que la fulminó. De las setas radiantes de los rayos de Bari, deslizándose por sus trazos rutilantes y quebradizos cayeron a este mundo, uno tras otro, siete niños de estatura escalonada. El séptimo resultó ser seis veces más pequeño que el primero, por lo que Bari lo dotó de poderes sobrenaturales, tal vez por compensar tan injusta desventaja!...

"Huérfanos, abandonados a la propia suerte, sin ternura paternal, crecieron los muchachos, caminando por el mundo. El ins-

tinto los guiaba frecuentemente hacia los árboles frutales.

"Un día, trepados a un guayabo, comían los frutos ávidamente, cuando una "sacha vaca" — danta — se acercó al arbusto y les pidió que le arrojaran unos cuantos frutos para mitigar su hambre. Pero los muchachos se complacían en echarle únicamente los descarnados y verdes. El animal reiteró amistosamente:

—Tengo hambre, dádme de comer buenos frutos...

"Los niños se burlaban de la "sacha vaca", negándole los restos del festín.

"La "sacha vaca" poseída entonces de furia tremenda embistió salvajemente contra el tronco de guayabos, que crecía visiblemente a cada coz y arremetida de la bestia, hasta transformarse en una corpulenta lupuna, de espeso ramaje, pero sin frutos.

"Los muchachos tuvieron que pasar ahí mucho tiempo.

"La situación se hizo cada vez más crítica y el cautiverio no habría podido prolongarse por más tiempo, sin la muerte de los sitiados, cuando el menor de ellos, el "Benjamín de la Familia" dió la primera prueba de sus sobrenaturales virtudes, convirtiéndose en un pequeño curhuinse, que cortó con sus tijeras una hoja del árbol que los albergaba, y tapado con ella fué descendien-

do sigilosamente a lo largo del mismo sin ser visto, muy disimulado por la hoja, creyendo que la "sacha-vaca" se encontrara cerca, hasta llegar al suelo, en el que se convirtió nuevamente — ¡oh, prodigio! — en el mismo niño de antes...

"Venid todos como yo he venido, gritó a sus hermanos gozoso. Y así lo hicieron, salvándose de manera sobrenatural los siete hijos prohibidos del sol y la luna.

"Continuaron el peregrinaje. El animal había huído.

"Pero no anduvieron mucho tiempo cuando descubrieron que de cada pisada dada por la ''sacha-vaca" crecía un lúcumo silvestre, y siguiendo estos lúcumos se encontraron con el animal echado en el suelo, que dormía plácidamente.

''Los hermanos ardían en deseos locos de venganza. El chico milagroso propuso:

"Yo me convertiré en un cordón larguísimo de hormigas y penetraré en el vientre de la ''sacha vaca", pero en cuanto la maten ustedes le abrirán el vientre y yo saldré de ahí.

"Todos aceptaron alegres, sabedores del gran poder del hermanito, quien en efecto se transformó inmediatamente, en una infinidad de hormigas que penetraron en las vísceras del animal, matándolo violentamente.

"Satisfecha así la venganza, continuaron

caminando por el mundo. Era un caminar penoso e interminable en busca del padre sol, que los calentaría y brindaría caricias, con sus tibios rayos de oro.

''Pero Bari alumbraba cada vez menos, y los tiempos de invierno o "creciente" llegaban con sus negros nubarrones, como algodones de carbón, interponiéndose entre el cielo y la tierra; quitando a los hermanitos el último consuelo de ver aunque fuera lejanamente al padre.

''Los días radiantes y luminosos de las selvas tornáronse cenizos, como esas garzas blancas del verano que pasó. Hasta las aguas del río se han vuelto de plomo... y no hay ni peces que comer, porque huyeron a las tahuampas!..., — especie de lagos, terrenos bajos e inundables.

"En otra ocasión, después de tanto andar por las selvas tuvieron hambre y cazaron apreciable cantidad de animales de monte, encontrándose que no podían comer la carne por falta de utensilios. El hermanito salvó la situación diciendo:

"—Yo me transformaré en olla, pero cuando la comida esté a punto deposítenla en otro lugar y arrojen la olla al río, de donde saldré de nuevo en persona...

''Así lo hicieron. Esta vez, igualmente que las otras, se realizó el milagro, pero con mayores dificultades, porque más de dos o tres

veces los hermanos arrojaron la olla al agua, sin la vuelta del hermano menor.

"Sólo a la tercera prueba surgió de las aguas del río el niño prodigio, cuando ya todos comenzaban a desesperar.



"Llegó el día en que cansados de esta existencia vagabunda el deseo de ver al padre mordió más hondo en sus almas inocentes.

"¿Pero, cómo llegaremos hasta él? — Se preguntaban con enorme desconsuelo. — ¡Está tan lejos!

"Varios días permanecen obsesionados por esta idea, imaginando un medio de llegar hasta Bari, que inmenso y brillante les alumbraba hoy nuevamente el camino, sin permitirles verlo.

"El pequeño permanece más pensativo y preocupado que nunca, aislado de los demás hermanos, hasta que al fin corre a ellos jubiloso, gritándoles:

"—Hay que hacer flechas, infinidad de flechas. Cada uno de nosotros tendrá que construir más de cien.

"En el acto se ponen los siete hermanos a hacer flechas, con febril actividad. Y cuando están listas las lanzan hacia Bari, viendo con sorpresa que todas ellas quedan

en el espacio sin volver a tierra, como retenidas allí por una mano invisible; hasta que el último niño, el niño prodigio, lanza la suya. Todas las flechas quedan entonces suspendidas en el aire, colocándose instantáneamente unas seguidas de otras, formando una inmensa escalera perpendicular al cielo, por la que suben los hermanos, resueltos, animosos!

"Trepan y trepan bastante tiempo hasta llegar a una altura vertiginosa, donde se encuentran con un gran lago repleto de lagartos. Es preciso, sin embargo, ganar la otra orilla, donde se halla el anciano Bari rodeado de innumerables flechas brillantes y luminosas.

"El lago está silencioso, sin alma viviente. No hay en él ni siquiera una pequeña canoa para atravesarlo. Flotan, en cambio, en sus aguas, amplios lomos de lagartos. Los muchachos sin reparar en la peligrosa aventura ponen los pies en los lomos escamosos de las fieras, que comienzan a nadar hacia la orilla opuesta.

"Ya están por llegar a esta orilla que les significa el afecto, las caricias paternales tanto tiempo anheladas, cuando un lagarto oculto en las aguas, hinca traidoramente sus dientes en el muslo derecho del hermano pequeño, que se retrasa, soportando heróicamente el dolor, sin una queja! Los herma-

nos sólo advierten la desgracia cuando le oyen decir:

"—¡No me dejéis hermanos!...

"Honda es la consternación y la pena al darse cuenta de la tragedia del hermanito que les había salvado de tantos apuros, y furiosos toman venganza, emprendiendo un terrible ataque contra los lagartos, llegando a matar una gran cantidad, buscando en sus dientes feroces el muslo tronchado del pequeño.

"Al fin lo encuentran; tratan de adherirlo a la cintura del hermanito inútilmente. ¡El chico quedará para siempre mutilado!

"Bari, que de cerca contemplaba la trágica escena, tiene al fin compasión de sus hijos, y para mejor prodigarles las caricias de su luz, los transfigura, eternamente, en un grupo de siete hermosas y radiantes estrellas, que los chamas conocen con el nombre de huismabu, que significa "sin pierna": lo que en el mundo de los blancos llamamos "las siete cabritas".

—¡Ahí está, ahí está! ¿No vé?..., — termina diciendo don Pedro, señalando en el cielo de cristal siete lejanos mundos, que formando una figura de trapecio nos envían desde millones de millones de kilómetros, sus rayos de luz, como mariposas mágicas, de azules alas de ensueño, vibrando en la noche callada!

La luna ya ha escalado el cielo.

Inesperadamente la risa lánguida de un tibis corta la noche y se pierde a lo lejos, volando lentamente, por "el medio río"!...

INCA DIOS

Le llamaron Inca Dios y también Inca Yuashi o "Inca Miserable".

Esto me contó un viejo patrón del Ucayali, envejecido por los trabajos de la selva y quemado por sus soles ardientes, quien a su vez lo supo por el relato que le hiciera en cierta ocasión uno de sus peones, un chama nombrado Ronquino.

Hube de surcar hasta el Alto Ucayali, hasta la quebrada del Shuaya, para ver a Ronquino, que vivía cerca. Mas no lo encontré, infelizmente. Ronquino no estaba en su choza, en la ribera del río, donde viven siempre estos indios: sólo estaban sus familiares, rodeados de un puñado de extravagancias para mis ojos advenedizos: tinajas, ollas de barro de vivos colores y aspectos, y finalmente, prendida a la paja de su choza encon-

tramos una macana. Sé que se llama así porque me lo dijo Genaro, uno de sus familiares, alto y musculoso, y con la cara pintada de huito y achiote, que habíase quedado del trabajo del monte aquel día no sé porqué, rodeado de sus mujeres... sí, de sus mujeres, amigo lector, pues los chamas creen en la felicidad del serrallo y la poligamia!...

Bueno, el yerno de Ronquino nos contó una historia singular del Inca Dios, semejante en la mayor parte a la que me contara el patrón de nuestro relato. Hay varias versiones de esta leyenda, pero todas coinciden en lo fundamental: la existencia de un gran diluvio, en épocas remotas e imprecisas, que cayó sobre las selvas, arrasando poblaciones y hombres.

Dicen que en tiempo inmemorial existió entre los indios chamas, cercanos al pueblo de Cumaría, un niño a quien todos conocían con el nombre de Inca Dios, por sus sobrenaturales poderes. Lo llamaban también Inca Yuashi, que quiere decir "Inca Miserable", por ser muy mezquino con sus súbditos: tenía el uso exclusivo del fuego, mientras estos habrían de recurrir al calor de los rayos solares para cocer sus alimentos. ¡Y el Inca no se compadecía jamás de los sufrimientos de su pueblo!...

En la pesca era admirable. Nadie sacaba tantos peces de las aguas de la cocha y del

río como él, en ocasiones en que sus súbditos volvían con las canoas vacías, trayendo tan sólo algo para no perecer de hambre.

Así iban las cosas. Pasaron algunos años. De esto cobraron envidia sus súbditos, los setebos, y un día pusiéronse de acuerdo para matarlo. Lo llevaron con engaños y lo echaron a un charco, enterrándolo vivo entre el cieno de sus aguas estancadas.

Cuenta la leyenda que Inca Yuashi tenía un súbdito amigo, sin embargo, que lo quería, quien pasó cerca del lugar del suceso pocos momentos después, acompañado de su mujer e hijo, sintiendo los quejidos del niño. Inmediatamente adivinó lo ocurrido. Acercóse más y pudo desenfangar al chico devolviéndolo a la vida, no obstante la oposición de su mujer supersticiosa, que lo hizo violentamente, no queriendo ni que el marido fuese a ver lo qué ocurría, temerosa de algún ardid diabólico; falta grave que fué castigada más tarde por Inca Dios.

En agradecimiento de la buena acción Inca Dios advirtió entonces a este setebo que una gran tempestad iba a caer sobre sus paisanos, dentro de breves minutos, y que si quería salvarse habría de subirse a lo alto, a lo más alto de un huito que le señaló. Dicho esto desapareció.

Un lorito, presintiendo los sucesos que se avecinaban, fué trasladando los carbones in-

candescentes de la casa de Inca Dios a la cima de una capirona desecada por las inclemencias del tiempo, a fin de que el fuego del Inca no se extinguiese con la torrencial lluvia que iba a caer. Tarea que redujo notablemente el pico del animal, quemado por las brasas encendidas. Y cuando la capirona principió a apagarse, un enorme gavilán se colocó sobre el fuego con sus enormes alas extendidas, batiéndolas incesantemente, para conservar este fuego sagrado. Un desproporcionado molusco acuático —churo— fué rodando entonces por las selvas, a modo de sombrío heraldo, proclamando la muerte con un grito extraño.

El setebo vió todo esto asombrado, mudo de terror.

A los pocos minutos principiaron a desarrollarse los sucesos predichos por Inca Dios: grandes truenos rodaron por la inmensidad de las selvas y rayos terribles iluminaron la noche cerrada. Desbordáronse los ríos y una lluvia tormentosa, nunca vista, cayó sobre hombres, animales y cosas. La oscuridad derramó su enorme manto de luto. Sólo de instante en instante fugaces relámpagos iluminaban las sombras siniestras de la selva, que rugía y se estremecía toda, al cimbrar lloroso de los árboles, entrechocándose entre sí.

Sobrecogidos de espanto — narra la leyenda — que los setebos plañían la canción

que la tradición chama ha conservado hasta nuestros días. Tuve la suerte de oírla cantar a una vieja chama en un viaje al alto Pisque, en un tono lánguido, presa de cierta tristeza desoladora, que parecía venirle de muy lejos. El ritmo, la angustia de sus antepasados revivía en la canción, en la danza, y en el mirar estrábico y poseso, de honda emoción de la india:

"Yamue, yamue nete
"nura kenyamay.

"Shahuan, shahuan nete
"nura kenyamay.

"Hué huque papá
"Min canni baybí.

"Biri, biri, kainki
"hué huque, huque.

"Ushe baque mahuata
"Auhé cuno piashké?

"Papá wuentan ví
"Hué huque, huque...

que, traducido al castellano por un experto conocedor del dialecto quiere decir:

"Oscuro, oscuro día
"nosotros no queremos.

"Día de guerra
"no queremos.

"Venid, venid Padre
"Por tu camino refulgente.

"Ven, venid, venid
"nuestro Padre Dios.

"Brillante, brillante por tu camino
"Ven, venid, venid.

"El hijo de la luna murió ahí
"comiendo del hongo venenoso.

"Con el padre ambos
"Ven, venid, venid".



De este tremendo diluvio y cataclismo murieron todos los setebos que quisieron matar al Inca Dios.

La calma se hizo nuevamente en las selvas...

El indio que subiera a lo alto del huito al comenzar la tempestad, siguiendo los consejos de Inca Dios, encontrábase ahora

inquieto en compañía de su hijo, único ser viviente que le acompañaba. Su mujer quedó convertida en un gran comegen — especie de colmena, caserón de tierra de ciertas hormigas — al pie del árbol de huito, cuando iba a subir, por castigo de Inca Dios.

La oscuridad persistía aún. Nuestro sétebo tomaba los frutos del árbol y los aventaba abajo para percibir el ruido que hacía al chocar con las aguas, aún no extinguidas; hasta que una vez de esas oyó el ruido seco del huito al caer en tierra. Descendió apresuradamente, volvió la vista alrededor y no vió a nadie. No había señales de vida. Habrían muerto todos los setebos por su mala acción?

Pero en eso oyó los gritos lastimeros del hijo, que lo llamaba desde el árbol que dejara. Subió al tronco, con esa rapidez increíble de los indios de estas montañas, pero inútilmente, porque su hijo se convirtió en un "huancahuí" que fué volando: ¡había de recomenzar solo su nueva existencia!...

Un sol hermoso, en todo su esplendor, volvió a brillar en el cielo.



El indio encontrábase en situación bastante embarazosa: ¡no tenía qué comer! No

habían chacras ni nada plantado cerca. Sin embargo, instantáneamente, volvió la vista hacia uno de los extremos del campo y vió, a pocos pasos de donde se encontraba, una mocahua llena de "chapo" — mazamorra de plátanos, alimento preferido por los indios chamas. Tomó hasta saciarse el "chapo" y se durmió.

Al siguiente día púsose a trabajar "rozando" un buen espacio de la selva para hacer su chacra. Luego buscó alimentos. No encontró nada. Pero al volver a la casa al atardecer, encontróse nuevamente con el precioso "chapo". Esto era maravilloso. Se repitió varias veces hasta que el indio se propuso saber un día quién se cuidaba así, tan misteriosamente, de su persona, y ocultándose tras de un boscaje acechó. Un buen tiempo estuvo atento hasta que percibió el grito de un loro que se acercaba volando hasta su choza, dió algunas vueltas alrededor de ella y se marchó. Quedó más inquieto el setebo y no abandonó su escondite. No tardó en sentir pasos de alguien que se acercaba y a poco vió salir de la maleza dos guapas muchachas, sigilosamente, llevando una mocahua. Dióse cuenta en seguida que eran ellas las del misterio, y saltando imprevistamente apresó a una, mientras la otra huía al monte.

—No me tomes a mí, toma a mi ama, que

es bonita y merece más que yo. Yo soy solamente su sirvienta, — dijo la muchacha.

Pero el setebo no quiso saber nada, ni quiso oírla: "ya te tomé a tí y tú serás mi mujer", replicóle.

Y así fué. De esta pasión violenta nacieron varios hijos. Estos crecían vertiginosamente, de manera anormal: en diez o doce meses alcanzaban el tamaño natural de una persona de veinte años, hasta el día en que el setebo, quiso saber cómo venían sus hijos al mundo y se ocultó detrás de un bosquecillo a aguaitar a su mujer. Fué desde entonces — asegura la leyenda — que los hombres principiaron a crecer lentamente como ahora, y la muerte los ciega a menudo...



Desde el día que cesara la espantosa tempestad el setebo se encontraba siempre con todo lo necesario para su nueva vida y su existencia transcurría tranquila y sin mayores zozobras; los alimentos surgían de la tierra en forma inexplicable, como por arte de encantamiento. Por un lado del monte aparecieron perdices, huevos de aves; por otro fuego, el fuego conservado y enviado por Inca Dios.

Y por fin, una de aquellas mañanas her-

mosas, de radiante sol, el setebo no había abierto bien los ojos cuando oyó multitud de voces humanas cerca a su choza, de la que saltó bruscamente, sorprendido, encontrándose con los cunivos, que en otras viviendas parecidas a la suya hablaban familiarmente, alegres, contentos!...

¡Así vinieron los cunivos al mundo, en la leyenda!...

LA CHICUA

"La chicua" es el Yushin — demonio, espíritu — de los indios del Ucayali, y principalmente de los campas, esos indios esbeltos y atrevidos, celosos de su libertad en grado máximo, que viven por las pampas del Pajonal y el Alto Ucayali.

Cuando una "chicua" pasa volando sobre la cabeza de un campa, graznando su grito característico, éste queda sobrecogido por un vago temor supersticioso, abandonando inmediatamente la empresa que ha iniciado, sea la que sea, seguro de un mal próximo que le acecha en el aire. Y si la chicua pasa volando sobre su casa, abandona esta casa y va a construir otra muy lejos. ¡Tal es la honda impresión nerviosa motivada en ellos por el canto de este pájaro!

Y el pajarito aquel, agorero, que se burla así de los campas, es bello: de alas pardas y ojos de rubí, rojos como dos carbones encendidos!

Pregunté cuál era el motivo de esta superstición, tratándose de pájaro tan lindo y me contaron esta leyenda:

Hace muchos años vivía en las regiones del Alto Ucayali una viejecita con sus hijos, en una casita próxima al río. Vivían muy felices. Los muchachos la ayudaban a "leñear" y buscar "mitayo", carne de monte o pescado. La madre quedábase siempre en casa y los chicos iban al monte, de donde volvían entrada la tarde, con todo lo necesario para el sustento, encontrando a la viejecita eternamente dedicada a la cocina u otros quehaceres domésticos.

Transcurrieron así muchos días y hasta unos cuantos años para el corto hogar, dentro de la felicidad relativa de este mundo, cuando un día vino la desgracia que anuncia la chicua, con su grita agorera.

Los muchachos, fuéronse, como de costumbre, a "leñear", dejando sola a la viejita.

Esta vez volvieron algo tarde. Depositaron la leña y el "mitayo" junto a la olla grande de comida, que la anciana preparaba todos los días.

Empero, la anciana no estaba.

La buscaron por todas partes y nada, no daban con ella. La llamaron y oyeron que su voz les contestaba de manera extraña, unas veces por un lado otras por otro, y pensando que estaría cerca, por el río o el monte próximo, en procura de lo necesario para la cena, sentáronse a charlar cerca de la "tuschpa", — fogón — mientras el sol bajaba lentamente su gran lámpara de oro, hacia el monte.

La madre no llegaba.

Los muchachos se miraron inquietos y la llamaron nuevamente, oyendo que su voz les contestaba como antes, en forma confusa, en distintas direcciones, por el lado del "ushún" o por el lado del "huito". Pero la viejecita no aparecía por ninguna parte.

Sumiéronse en honda consternación, y sentándose cerca del fuego tomaron la olla de comida. La voltearon silenciosamente sobre la hoja de plátano para comer mejor, tal como acostumbraba a hacerlo la madre cuya voz misteriosa les respondía por todas partes.

Esperaban verla aparecer de un momento a otro, cuando de improviso los hermanos quedáronse inmóviles, ante lo que veían: no querían creerlo: entre la comida vaciada en la hoja de plátano estaba el cuerpo en pedazos de la anciana madre, y fueron sus

uñas y algunas vísceras no muertas aún, en la olla grande — dice la leyenda — la que les contestaba hasta este instante.

Amarga fué la pena y la comida desde aquel día para los muchachos, solos, abandonados en la selva. Pero era dulce también el sabor de la venganza que les subía al corazón cada vez que pensaba en los asesinos de la pobre madre, que no podían ser otros que los hombres de "Hatsinga", el campa perverso que vivía más allá de Atalaya, acostumbrado a estas escenas sangrientas e inhumanas contra los moradores del río.

Ansiaban una venganza violenta contra dichos indios, cuando, instantáneamente, sintiéronse poseedores de poderes enormes, convirtiéndose el uno en rayo y el otro en tempestad. Cayeron velozmente sobre los campas, que se encontraban tranquilos y desprevenidos en sus chozas. En pleno monte donde estos viven, la tempestad hubo de ser trágica, tremenda: retorcía los árboles y la maleza en figuras epilépticas. Las casas y todo lo que existía en el campamento campa fué arrasado por el huracán y fulminado por el rayo, en forma terrible, imposible de imaginar y menos narrar por hombre alguno.

Nada quedó del campamento campa de "Hatsinga". ¡La vieja madrecita de los muchachos quedaba vengada!

Y estos se convirtieron para toda la vida

en un "huancahuí", el menor y el mayor en una "chicua", anunciadora de la tempestad y la mala ventura.

¡Así vinieron las chicuas al mundo!

Y es por eso que no hay campa que deje de sufrir honda impresión supersticiosa al oír el "chí... chí... chí cuá"... del pajarito de alas pardas y ojos de fuego, agoreros.

¡Chí... chí... chí...! ¡Chí... chí, chí... chí... cuá... chicuá!...

EL HUANCAHUI

¿Quiere usted saber la historia del "huancahuí?

Verá usted: sobre el lago Cumancaya — en el Río Ucayali — hace años, muchos años, existió un pueblo de nombre ya olvidado.

A raíz de un cataclismo el pueblo se hundió con sus moradores en las profundidades de un lago, desde el que pedían soga para salvarse. Y como no había gentes cercanas por ahí, nadie les prestaba auxilio.

Pero un indio, que había ido a montear, volvía en su canoa, y oyó los gritos de los pobladores náufragos. A través de toda la extensión del lago se oía decir:

—¡Soga!... ¡Soga!... ¡Soga!... — como saliendo de las aguas hondas y dormidas.

El indio, que era del pueblo en cuestión,

presintió que algo extraño había sucedido en su ausencia y, pronto, dice la leyenda, que una voz misteriosa le enteró de lo acontecido, sintiendo al mismo tiempo, que una fuerza magnética y extraña le atraía, le instaba a sumergirse en las profundidades del lago, y así lo hizo en la esperanza de unirse a sus familiares y paisanos.

Mientras tanto principiaron a salir del lago diversas aves. Eran los moradores del pueblo desaparecido. Desesperados por el hambre comieron de las hojas del "renaco", planta que crece en las riberas de todos los lagos de estas regiones, alimento preferido por las aves; por cuya virtud convirtiéronse en pájaros de bellos colores y plumajes.

El indio, dominado igualmente por el hambre, comió del "renaco"; pero no de sus hojas, sino de sus frutos, sintiéndose desfallecer al momento. Púsose a cantar en quechua una canción rara: "huañushcanan... huañushcanan..." cantaba el indio, que quiere decir: "va ha haber muerto"... "va ha aver muerto". En ese mismo instante cayó al lago una víbora, de entre las ramas del árbol mencionado. El indio se comió la víbora, transformándose acto seguido en una ave grande, de alas cenicientas, que ahora lleva el nombre de "huancahuí"!...

Desde entonces oímos en las selvas ama-

zónicas a este pájaro, cantando en los veranos, anunciando la muerte.

¡Huancahuí... huancahuí!... huancahuí!, que en la rica imaginación nativa, tejedora de leyendas, dice más bien: ¡Huañushcanan... huañushcanan... huañushcanan!

¡va ha haber muerto!
¡va ha haber muerto!
¡va ha haber muerto!...

EL MALIGNO

Aquella tarde Silverio, Calixto y Juan Medardo fueron a pescar a la playa de la banda, de blancas arenas, y después de efectuada ésta, ya a la puesta del sol, amarraron la canoa a la orilla y sentándose en rueda, alrededor de un fogón improvisado en un canto de la misma, se pusieron a conversar calmamente sobre las incidencias del día.

Un huacamayo cruzaba el cielo, rimando los últimos resplandores de la tarde con sus coloridas alas, gritando de continuo, y volando con prisa, hacia su ignorado refugio en los montes, pues la noche se venía!...

El glu glu del río se acentuaba por momentos.

¡Qué silencioso está esto!..., parece un panteón...

—¡De veras hom!...

Los tres hombres se miran con la tristeza silenciosa de las gentes de las selvas y sonríen con desgano.

—Anoche silbó el "tunchi" cerca al ushún ... — dijo Juan Medardo, mosoneando.

—Déjense de hablar de esas cosas, compadre... En la soledad no es bueno, — advirtió Calixto.

—Cállate "marica"... gritóle Silverio, tirando con el cuchillo las escamas brillantes a una caña brava. Lo que es yo si el "tunchi" me silba le imito. A mí nunca me ha silbado...

—¡Te va's arrepentir, don Silverio!... No vayas a hacer esto. Es muy malo, — dice Calixto mirando fijamente a su compañero. — ¿No vés que es el silbido de un muerto que no se vé?... Algunos dicen que es el "Aya-pullito", un pajarito bien chiquito, de alas pardas; pero nadies lo ha visto, nunca nadies lo ha visto!...

Tú también crees en esas cosas..., también eres un "marica", volvió a decir burlándose Silverio y le dió la espalda silbando: fin... fin..., fin... fin, fin... fifin... — como lo hace el Tunchi!...

No había terminado de hacer esto cuando un solo silbido largo, penetrante, hendió los aires, muy cerca de los tres hombres!

Calixto quedóse extático. Una corriente eléctrica le atravesó el cuerpo. "Moreno" y

"Barincusi" dos hermosos perros de caza se aventaron a la carrera, ladrando furiosamente, contra algo que sólo ellos percibían en el aire.

—Finnn... silbó por segunda vez Silverio, imitando el silbido que acababa de oírse.

—¡Jesús!... — musitó Calixto en voz baja. — Ese es "el Maligno". ¡Cállate don Silverio!...

Pero Silverio se reía.

Los perros ladraban desesperadamente y a poco retrocedían y retrocedían como ante la amenaza de algún peligro inminente.

A poco se volvió a oír el extraño silbido, de nuevo; como alejándose ahora.

Y Silverio por segunda vez volvió a imitarlo.

Entonces si que cosas extrañas principiaron a suceder: una lluvia de arena de la playa caía sobre los hombres a cada instante, como aventado por alguna mano invisible. Y los perros cesaron de ladrar, gimiendo lastimeramente.

Aquí Silverio púsose ya algo nervioso, y al igual que sus compañeros fué a sentarse bajo el techo improvisado de paja, que algún chama pasajero había dejado en la playa, cercano a la "tuschpa" — fogón.

Sobre este techo se dejó oír en este instante un ruido seco de huesos, que temblaban y se frotaban entre sí, como si un es-

queleto macabro estuviese bailando sobre sus cabezas.

Esto era además. Salieron y no vieron nada.

Ya no aguantaron: Silverio, Calixto y Juan Miguel salieron apresuradamente hacia la canoa. De un empujón la lanzaron a la corriente, remando con fuerza, para alejarse de la fatídica playa.

Pero ni ahí les dejó en paz la horrosa persecución: de los flancos de la canoa les echaban agua, como si alguien les siguiese, burlonamente, chicoteando el río con la mano. Y sólo después de un buen trecho, cuande los tres paisanos pusiéronse a rezar, cesó "El Maligno" de perseguirles.

Desde entonces Silverio no pasa más por esa playa y no ha vuelto a imitar el espeluznante silbido de las almas malas, que vagan en las selvas, asustando a los hombres!...

Después se supo que aquella playa era "pesada" y en ella silbaba siempre "el Maligno", porque hacen muchos años, los indios habían dado muerte ahí a dos frailes misioneros. ¡La llaman por eso la playa de "el Maligno"!...

Iquitos, diciembre de 1938.

LIBRO II

RELATOS SURAMERICANOS

A Buenos Aires, inolvidable puerto de mi bautizo literario: "¡puerto de América para la humanidad!".

A los amigos de mi bohemia.

A
Alfonso Reyes
Eduardo Mallea
Oscar Soldati
y
Víctor Valcárcel Peña.

LOS BUSCADORES DE ORO NEGRO

(De "Mundo Argentino" del 28 *de junio de* 1933)

Con aletear lento, distendido, van volando, volando, las garzas: hostias de nube en pos de refugio.

Luego siguen los manshacos, que han terminado de oficiar su misa, en las reverberantes arenas de la playa grávida de peces. Sólo la pinsha con la tragedia cotidiana de su descomunal pico polícromo, mirando al cielo, mansamente, se ha replegado a la orilla a rezar el rosario de lluvias que ha de calmar su sed.

Poco a poco el ambiente se vacía en un gran silencio, que se esparce sin fin en la verdura innumerable... Cada vez se siente ya más cerca ese rumor sordo, característico de tempestad próxima, lejano al principio, pero que ahora parece que se agrandara a medida que el sol desciende, lenta-

mente, como si una descomunal catarata de todos los enormes ríos de la selva estuvieran devastando, poco a poco, todo el monte brumoso, árbol por árbol.

—¡Cómo tardan!...Ya debían haber llegado. ¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¿Dónde estarán? Ojalá estén llegando — dice en dialecto cocama, con inquietud prolongada, la india Zoila, que lleva a la espalda su criatura, en una hamaca típica, muy chiquita. Es la mujer de Antonio, uno de los mejores trabajadores del caucho o la shiringa: ¡oro negro!, como le llamaban a este producto industrial antes de la gran guerra, los pobladores de las selvas amazónicas, por su enorme valor, casi sólo comparable al de ese metal precioso.

Avanza unos pasos, la india Zoila, hasta llegar al borde del barranco que va a dar al río, con el oído atento, la respiración contenida, mirando el horizonte, sin ver nada.

Sus ojos negros y penetrantes se prolongan aceradamente en el lánguido atardecer del cielo, el río y los montes, con enorme inquietud, quizá bajo el presentimiento de una desgracia irreparable. De vez en cuando, los relámpagos iluminan su gesto duro y bello; porque... ¿por qué no decirlo? La india Zoila era salvajemente bella, y tenía locos a los peones de la comarca entera, y hasta al "patrón mozo", como

le llamaban al hijo del "patrón viejo", a quien precisamente se esperaba esa tarde, de vuelta de la shiringa.



—Sebastián, ¿a qué hora cae esto?... —pregunta con las manos en la americana un joven blanco, de ojos azules.

Es el "patrón mozo", que no hace mucho ha regresado de Europa. Un indio fornido, viejo y de espesas arrugas, pero fuerte aún, se pone la mano en la frente y otea en los cuatro horizontes del cielo el indicio seguro — por que la selva también a veces engaña— y contesta con voz ronca:

..—¡Hum!... No tarda já patrón, agoriña já... ¡Qué ventarrón que se viene!...

Habla Sebastián, indio cocama medio aportuguesado, a fuerza de las largas estadías de antaño con caucheros cearenses — allá por la bagatela de unos 50 años — de los que conserva todavía el pantalón listado de fino casimir inglés, que nunca llegó a ponérselo, y que pidió al patrón el día de su casamiento,... por que le veía a él usar de aquella misma tela. También entonces el patrón nada les negaba, la shiringa valía un mundo, y siendo él shiringuero, podía pedir cuanto quisiera — ¡eran los tiempos del oro negro!

Mientras que ahora, cuentan sus hijos, que alguna vez lo encontraron borracho con ron de quemar, robado, en vez de cachaza que se la prohibieron los patrones jóvenes, panegiristas de una ley seca que él no atina a comprender.

Luego que ha contestado al "patrón mozo", Sebastián le hace un saludo con la gorra, y vuelve a levantar su lampa al hombro muy despacio, camino de su barbacoa, en la que le estará aguardando su gran pate de mazato bein fermentado por su india, tan vieja como él.



Gruesas gotas tachonean frenéticas desde sados, y una lucecita débil y vacilante apa- y las hojas de los árboles. El viento zumba con fuerza, lúgubremente, haciendo volar por momentos las planchas de cinc del techo del aserradero cercano a la casa del patrón. El huracán cimbra los árboles y todo lo que encuentra a su paso.

De pronto se oyen golpes secos y acompasados, y una lucesita débil y vacilante aparece apenas, y se apaga luego en un recodo del río, muy a lo lejos..., allá... en la otra banda, encendiendo en las almas secretas ilusiones. Las mujeres de los shiringueros se agitan y suspiran largamente. ¡Cuántas

promesas encarna para ellas la vuelta del trabajo de la shiringa, tan tupida de peligros!

Y todas se arremolinan en el puerto, cerca de la casa del patrón, donde ha de desembarcarse el precioso producto, que les robara tantos meses el amante, el marido o el padre. Muchas de ellas, principalmente la nombrada Zoila, hubieron de velar las angustiosas soledades de muchos días y noches junto al primogénito, que siempre se les vé portar a la espalda y al que no conoce aún el shiringuero,buscador infatigable de oro negro, que tuvo que trocar su luna de miel por dicha búsqueda, en los manchales. Mas ahora la zozobra y la angustia no son tantas, pues, al fin, todos esperan ver pronto a sus seres queridos, y Zoila como la que más.

Nadie ignora, sin embargo, los enormes peligros que guarda la selva en todo momento, y más en aquéllos: el desgaje de un solo árbol sería suficiente para hacer naufragar una embarcación. Por eso la inquietud está aún pintada en todos los rostros.

Mientras esto sucede, a pocos kilómetros de distancia, sin poder todavía ser vistas, varias canoas avanzan muy despacio, trabajosamente, cargadas de las bolas redondas y negras del caucho: ¡oro negro!... van escoltando una embarcación grande, la más

grande de todas, que es la del patrón; cuya voz animando a los remeros se deja oír apenas, entremezclada con la batahola del bogar fragoroso y acompasado de los remos de los shiringueros, que entran y salen cada vez con más ansias, en el espejo brumoso de las aguas del río, dominando el eco continuo de la turbonada, en un monte de azabache, que se cimbra y se revuelve constantemente, amenazador. El peligro está doquier, la turbona arrecia por todas partes sin descanso. Apenas si se puede avanzar y, por instantes, nada se puede hacer.

De repente, la figura en zigzag violento de una luz, seguida de un estampido enorme, se proyecta sobre el pensamiento, para recordarle lo poco que cuesta morir en estos momentos, e instantáneamente se han iluminado diez caras morenas, que se balancean rítmicas en la montería del patrón, sobre la trayectoria curva de los puños musculosos y las caras tostadas por la canícula de las selvas. La misma actitud nostálgica se hubiera podido observar en el instante en los remeros de las embarcaciones cercanas, cargadas hasta el borde, que avanzaban pesadamente. Pero en sus miradas había mucha reciedumbre, como si hubieran estado gritando una gran amenaza, a la inmensidad del cielo negro.

¡Volver a ver a sus mujeres, después de

tantos meses! ¡Oh, bellos momentos de la vida del shiringuero, bueno y rebelde!... Sus grandes momentos son los de peligro, que constantemente ofrece la selva, con la que aprendió a luchar desde que vió por vez primera su sol magnífico y sintió el olor agreste de su tierra fecunda.

Las canoas llegaron al puerto, por fín, y va a principiarse en breve el desembarco de las grandes bolas de shiringa, por los peones designados por el patrón para ese trabajo.

A la tempestad ha seguido una gran calma en la naturaleza, y algunas estrellas principian a brillar.

El patrón desembarca de su gran montería cargado por un recio indio, para preservarse del barro, en medio de las mujeres, los peones y la alegría general ambiente. Todos le saludan reverentes.

Las mujeres conversan en su dialecto con sus maridos, y los abrazan,, y es indescriptible todo lo que pasa en estos momentos.



Bruscamente, la india Zoila, con el semblante demudado y nerviosísima, corre hacia el patrón, y le intercepta el paso para preguntarle por Antonio, su marido, que no lo encuentra por ninguna parte... y Lo-

renzo le ha dicho que venía en una embarcación cargada de productos y chucherías de regalos para "sus niños". Su canoa, — anotaba Lorenzo, — venía más atrás de las otras, bastante retrasada, y seguramente estaría viniendo..

El patrón atiende la súplica de la india, y envía algunos peones a buscar al "cholo" Antonio, tan querido por sus nietos.

Pasa algún tiempo, y como sucede frecuentemente en la selva, preñada de sorpresas y mutaciones bruscas, se ha limpiado el cielo, y poco a poco las estrellas y una hermosa luna de verano alumbran la noche... Se oyen a lo lejos los golpes del tambor y la grata algarabía de algunos instrumentos musicales típicos, que trae el viento, desde las casas de los shiringueros y la peonada del caserío en fiesta.

Sólo la india Zoila permanece como ausente de la diversión, no obstante hallarse en ella. Sus ojos asombrados han perdido sus resplandores y su negrura. Con su hijito a cuestas, amaqueado a la espalda, aguarda la llegada de su shiringuero, que ya no puede ser... porque allá, a algunos kilómetros río adentro, ha quedado Antonio carbonizado por el rayo, en la canoa, bajada ahora a voluntad por la corriente, haciendo

competencia de color con sus negras bolas de shiringa: ¡oro negro!...

¡La vida del buscador de oro negro, en la selva, así era!...

EL CARNAVAL,
EL CAMPO Y YO

(De "La Nación" de Buenos Aires, del 31 de diciembre de 1933).

Lima, la muy ilustre "Ciudad de los Reyes", la chicha morada y los negros malambinos, se preparaba a recibir al dios Momo.

Yo no sabía qué hacer aquellos días. ¿Cómo conseguir una alegría no reglamentada, sana, a flor de piel?

Doña Casualidad vino en mi ayuda, a las oficinas del Ministerio donde trabajaba con don Braulio Rojas.

Don Braulio Rojas era un burócrata acabado. Su vida tenía la noción del tiempo, mas no del espacio. Oscilaba apenas entre sus deberes de oficina y su hogar: un ho-

gar con mujer tremendamente gorda y dos hijos jirafas. Tenía mucho del Fradique Mendes de Eca de Queiroz, este don Braulio. ¡Si la quincena y el puesto estaban seguros para él, ya podía venirse el mundo abajo!...

Cuando aquella tarde, Dionisio Bellido — admirable director espiritual de indios abstinentes — se le acercó en el Ministerio, a invitarle a la exposición agropecuaria de los pueblitos serranos de Lanca y Otao, de "lindas frutas, chanchos y vacas", don Braulio tosió dos veces, alzó los ojos al ventilador del techo y finalmente los fijó en mí, desesperadamente, diciendo:

—Vea, Bellido: yo no me muevo de Lima, y menos en carnavales. Tal vez el señor quiera... — insinuó.

—Vamos... nos divertiremos, señor — agregó entonces Bellido volviendo inmediatamente a mí sus ojos agujas. "Bailaremos, tomaremos chicha y aire fresco, pués. También entre los indios se puede uno divertir"...

—Acepto — contesté con alegría, — con una sola condición: la de poder llevar dos amigos míos. — Pensaba en Julio Mendoza y Alfonso Medina.



Los vagones de la Peruvian Corporatión avanzan, avanzan. Ya pasamos Vitarte, Lurigancho, Chosica: "¡La Villa del Sol!".

—Dentro de cuatro o cinco horas estaremos en San Mateo, donde nos espera mi compadre Romero con caballos frescos. Llegaremos a Cumbe al anochecer, dice "don Bellido" — como le llaman los indios — y sonríe repantigándose en el asiento del coche, a la sombra de su ancho sombrero riojano.

Intenso sol de verano desentumece nuestras almas. Nuevas perspectivas y la ensoñación. Vivir de adentro. La ciudad se aleja cada vez más, con sus "huayruros", polichinelas del tráfico y la urbanidad, y sus gráciles mujeres, prontas a embarcarse en la nave dorada del Carnaval, portadora de la alegría comprada a plazo fijo. Los Andes se avientan sobre nosotros. Con sus montañas gigantescas amenazan nuestro tren de juguete. Los ríos nos siguen un rato y luego se desvían en cabriolas caprichosas, revolcándose por la arena y los contrafuertes andinos, perdiéndose a ratos, para volvernos a encontrar al recodo del camino, contentos y risueños. Y el alma se agranda y se achica en un sentimiento simultáneo de desconfianza y fé, como sucede siempre ante toda gran felicidad. ¡La felicidad asusta! Busco la afirmación en las caras de los

pasajeros, y en la del maquinista, roja de trabajo. Me pongo a mirar por la ventanilla del coche. Contemplo las elegantes curvas que va haciendo el tren y los rieles que se alejan y se alejan. Me siento nuevamente defraudado: ¡la vida es igualmente un viaje al infinito!

Mis amigos permanecen silenciosos. Estarán pensando quizá en las aventuras que nos esperan en los pueblitos indígenas que visitaremos.

—¿Están contentos los jóvenes? — nos pregunta Bellido sonriendo mañosamente, y su bigote lampiño subraya su cara de mestizo serrano aprovechado.

—Ya lo creo — respondemos.

—Pero una cosa estoy pensando, le digo yo entonces a Bellido, y es: ¿cómo nos la arreglaremos en la repartición de premios en la exposición, puesto que no somos técnicos en agricultura ni nada que se semeje? Vamos a hacer barbaridades, seguramente.

—Es muy sencillo, me replica. Nuestro indio, el indio peruano, lo único que necesita para engrandecerse es un poco de estímulo. Ahora sólo tiene la coca y el alcohol, que lo degeneran. Por eso yo trato de organizar fiestas, como la que verán dentro de poco, de cuando en cuando. ¡Cómo trabajan los indios la tierra, casi sin herramientas y sin nada! Sin embargo, cosechan

unas papas y cebollas grandazas, que ya van a ver ustedes — y acompaña sus últimas palabras de un gesto gozoso y entusiasta.

..—Usted — me dice — será "el doctor enviado del Ministerio", Presidente del Jurado de la Exposición".

—Usted, como habla inglés y ha estado en Inglaterra, será "el Ingeniero" — le dice a Alfonso.

—¿Y yo? — pregunta Julio...

—Bueno: usted también será un doctor — replica Bellido, pródigo en títulos. — Eso sí: cuidado con repartir pocos premios. "Al que no le toca el primer premio le toca el segundo, y, sino, el tercero". Hay que evitar rivalidades y que los indios metan lío.

Así habló Bellido aquella tarde, cual hábil sociólogo e ingénito diputado criollo de aquellas tierras.



En San Mateo, efectivamente, como anunciara Bellido, nos están esperando los caballos. A mí me toca una yegua bruna, trotona. Cada cual escoge su cabalgadura y nos ponemos en marcha en el acto, respirando a pulmón lleno el aire puro de los campos serranos.

Con absoluto abandono, en el cielo, un sol gringo está fumando en su pipa de oro, lan-

zando lentas bocanadas de humo-púrpura, en preciosas volutas. Lejos, a muchas leguas todavía, en las espaldas de unos cerros, se ven apenas las casuchas de paja que nos albergarán en la noche que se acerca. Algo de la tristeza ancestral del indio se nos está metiendo en el cuerpo, sin querer. Para echarla afuera galopamos en las partes anchas del camino.

Llegamos al fin al pueblecito, de escasos habitantes, todos indios. Después de comer queso fresco con papas y yucas nos metemos a la cama. Aquí la noche no sirve más que para dormir. Llamamos al sueño desde nuestras respectivas camas, con chistes y anécdotas, en los que sobresale el criollazo "don Bellido".

A la mañana siguiente visitamos la escuela, y el Teniente Alcalde en persona, portando en todo momento su típica varita de Moisés, nos muestra las limas echadas a perder por las últimas heladas:

—Vean, señores, cómo las heladas nos malogran las frutas. ¿Qué es bueno para esto?...

No sabemos qué contestar. De lo que menos entendemos es de agricultura. Felizmente Julio es hijo de chacareros y nos salva del apuro hablando en quechua, sacando de su magín cuanto sabe sobre limas: como aquellos curanderos que ante un mal que no

conocen sacan de la fe y el sentimiento todo el remedio del enfermo.

Montamos a caballo nuevamente, prosiguiendo nuestra caminata a Lanca, donde se efectuará la renombrada exposición. Llegamos. Este es un pueblito más importante que el anterior. Sus pobladores, indios en su casi totalidad, nos reciben contentos. Hay discursos y un batiburrillo de fondo feroz, armado por la orquesta completa de los mejores músicos del pueblo, ex reclutas del ejército.

Un indio bajito, recién llegado de Lima, dice en su discurso "que las pétreas moles de los Andes se estremecen a nuestra llegada . ."

Pasamos a la alcaldía, donde la música acomete algunas piezas bailables.

. .—Por favor: que toquen música típica — le rogamos a Bellido.

—Ahora, a la nochecita, dice en voz baja, con mirada cómplice, al mismo tiempo que saluda a su compadre Humaitá, con abrazos en la nuca y las espaldas, engolfándose luego con él en una pacífica conversación sobre "chanchos", papas y maíz. . .



Nuestras miradas vuelan en pos de las indias, que esquivas y vergonzosas, nos obser-

van curiosamente. Julio les habla en quechua y ellas sonríen, con la sonrisa triste y lejana de los indios. Con sus anchos riojanos sobre los ojos, envueltas en sus coloridas "llycllas" se mantienen a la distancia, sin perdernos de vista un instante. Rosa es la más vivaz y provocativa de todas. Se acerca algo a nosotros, respondiendo a nuestras preguntas con cierta agresiva desenvoltura, haciéndonos ella a su vez algunas otras. Tiene la mirada rasgada y profunda. Es de regular estatura y sus apretadas formas van adornadas por dos hermosas trenzas negras, color de sus ojos, que inquietan.

Julio, Alfonso y yo nos miramos, prometiéndonos divertirnos fenomenalmente en el baile de la noche y en las subsiguientes...



Llega "la nochecita", como dice Bellido. La música acomete un "huayno" y después una "marinera". Don Bellido, rumboso y entrador, da el ejemplo: va a la hilera de indias dispuestas para el baile y saca su pareja. Julio se anima y saca a bailar también a la india Rosa. Lo mismo hacen otros indios y se inicia el zapateo rítmico e incansable de los bailadores, acompañado del "ji-

sa" y las palmas de los que no bailan. El entusiasmo caldea los bronceados rostros indígenas. Pero es triste la música del "huayno". Involuntariamente me pongo a pensar en el abismo de la música indígena cuando cesa el baile; la india Rosa llega hasta mí acompañada por Julio y me invita a bailar.

—¿No le gusta el "huayno"? Pediremos un "one-esté", pues... — dice, y me mira significativamente, como burlándose de mi ineptitud.

Salgo a aprender a bailar "huayno". ¡No faltaba más!

El baile se prolonga. Va haciéndose monótono. Le digo a Bellido, defraudado:

—Pero yo siempre oí decir que los indios saben divertirse y beber como Dios manda... ¿Y cómo es que aquí no se toma más que "Kola" y "Bils Sinalco", aguas gaseosas?...

—Eso era antes. La gente de acá hoy ya no se emborracha.

—¿Cómo?

—Hace algún tiempo apareció Mr. Ward vestido de paisano. El gringo evangelista. Aquel hombre alto que vió usted esta tarde.

—Inmediatamente de llegado, Mr. Ward gustó a los indios. Se puso a enseñarles a plantar árboles, hacer ropa y a no comer tanta nieve. Finalmente declaró la guerra a la coca y el alcohol.

—Desde entonces los indios ya no beben

sino chicha dulce, salvo en tiempo de elecciones...

—¡Bendito gringo evangelista! — replico yo. — ¡Lo ha echado todo a perder!... ¡Y yo que venía preparado para un baile con borrachera y todo!...

—¡No! No es posible, insisto. Hay que traer el anisado del tendero... y así diciendo, vació todos los soles de mis bolsillos en las manos del sin par Bellido, quien transmite el encargo, inmediatamente, a un indio de la fiesta.

Al poco rato vuelve éste con sólo cuatro botellas de aguardiente, — "Pisco" — que es lo que dice haber encontrado en el pueblo.

Julio toma las botellas y sirve a los músicos y bailadores, que relamen de gusto el alcohol. Rosa rehuye nuestra invitación al principio, pero termina bebiendo algunos tragos del buen Pisco, que pronto se termina.

Seguimos bailando breves instantes, y nos vamos por último a dormir, maldiciendo a todos los evangelistas del mundo, amigos de la ley seca.



En la tarde del siguiente día se efectuará la exposición agropecuaria que viene prepa-

rando Bellido y el grupo de acólitos y compadres que lo rodean desde su arribo. Habrá discursos y premios.

Llegada la hora, los indios se apiñan alrededor del campo de "base-ball" construído por Mr. Ward, donde hay una especie de andamio repleto de paltas, cebollas, — las más grandes del mundo, según Bellido — guabas, chirimoyas, naranjas, plátanos, maíz, papas y camotes, limas y limones. Frente a esto una gran mesa con diplomas impresos oportunamente. Llevan el membrete del Ministerio y el espacio para la firma del "solemne jurado" que va a juzgar la forma y tamaño de los frutos y la gordura de los animales. Todo ello admirablemente previsto y preparado por "don Bellido".

El agudo silbido de un pito anuncia la llegada del jurado. Tomamos asiento mirando recelosamente los premios de la mesa. Nos resolvemos por fin a jugar el alma al diablo y realizar en la mejor forma posible el papel que nos ha encomendado nuestro manager.

Premiamos. Premiamos a todo el mundo. A aquél por haber presentado la mejor variedad de papas, al otro por las cebollas. Nos guiamos por instinto. De rato en rato se levanta uno de nosotros y va a morder

algunas frutas. Los indios verán, así, que sabemos apreciar sus esfuerzos.

La exposición tiene una sección de arte industrial: hay "llycllas", ponchos, sombreros, alforjas y otros objetos de uso doméstico, todos utilísimos, tejidos por las indiecitas alumnas de las dos escuelas del pueblo: la fiscal y la de Mr. Ward, asesorado por una "girl" evangelista de ojos verde claro.

Debemos estimular en las indias todo sentido de amor al varón, a la maternidad y a una vida mejor. Y otorgamos los primeros premios a las propietarias de los mejores tejidos y objetos de uso masculino, en su mayoría alumnas de la escuela de Mr. Ward. Damos, pues, la razón, por primera vez, a Mr. Ward.

La india Rosa se halla rondando cerca. Sabedora de que me gusta, se acerca a la mesa, mira los tejidos de cerca y termina haciendo un largo y obstinado contrapunto de sus ojos con los míos.

Se arrima a nuestra mesa, y me dice que su tío Sojima sabe hacer "lindos aretes y cosas de plata"...

Efectivamente, al poco rato damos con unos estribos y piezas de plata de un recado, con adornos alusivos a la vida del campo. Los hace Sojima, el tío de Rosa, casi octogenario, que se ha presentado tam-

bién a la exposición con dichos objetos Ahora viene a nosotros y nos alarga las manos, risueñamente.

Comprendo las palabras de la india Rosa, mejor dicho, su verdadera intención. Fueron una recomendación; por lo demás innecesaria, pues todos se hallan maravillados como yo de los objetos de verdadero arte de Sojima. Le otorgamos un primer premio. Quedo algo apenado por no haber tenido ocasión de emplear mayormente mis influencias de "Presidente del Jurado" en favor del tío de la india Rosa.

Una bola roja se eleva en el aire iluminando la noche. Los indios quedan encantados mirando el cielo.

—¿Qué es eso?

—Un globo de Mr. Ward. Construye algunos con frecuencia para solaz de los indios.

Nos precipitamos a otorgar a Mr. Ward el primer premio "por su incomparable habilidad en la construcció nde globos"...

Y en seguida se inician los discursos. Yo sostengo la necesidad de abrir en el futuro mayores perspectivas al limón y la uva, así como a las relaciones de los indios con los blancos — no gringos ni evangelistas. Alfonso cuenta su viaje a Inglaterra y remata su discurso con un interesante aguafuerte de

colores azul-montaña, verde ojos "girl" evangelista.

Después "don Bellido" inicia un discurso patriótico que no termino de oír, porque me voy en busca de la india Rosa.

Pasan tres días: Alfonso hablando en inglés con Mr. Ward y la girl evangelista; Julio en afán de "pacha-mancas" y "huaynos", y yo en permanente acecho de los ojos carbón de la india Rosa, que se ha ido al campo, y tan sólo regresa por las tardes, casi entrada la triste noche serrana, arreando una veintena de bueyes mugidores y cansinos.

Llega el sábado. Tenemos que partir de regreso. Los indios, que ya se han acostumbrado a nosotros, nos despiden apenados. Llenan de frutas las alforjas de nuestros caballos. Y uno de ellos, emocionado, se ha sublevado contra las consignas antialcohólicas de Mr. Ward, consiguiendo emborracharse. No se sabe de dónde se agenció unas botellas de cerveza, que nos brinda entre hurras y aclamaciones.

Nuestros caballos trotan. Galopamos... para olvidar. Mr. Ward viene con nosotros en una mula chiquita hasta un pueblo vecino, con sus pies tocando casi el suelo, como un niño grande montado en la bicicleta de su hermanito menor.

A lo lejos, desde el camino tendido en la

altura, en plena montaña, divisamos el lento trabajo de los bueyes que aran la tierra. Son las chacras de los indios. Bellido va señalando:

—Esa es de Fulano, aquélla de mi compadre tal...

De repente, en una de las chacras, un bulto de mujer agita un sombrero de paja.

—Es la Rosa que nos despideee... —grita Bellido, castigando a su yegua que se está quedando retrasada. Todos sacamos nuestros sombreros y los agitamos igualmente en el aire. Y no sé qué ha visto en mi cara Alfonso, que le hace sonreír. Me dice:

—¿Galopemos?...

—Bueno... — contesto.

—¿Oye: qué te pasa que estás tan triste? ¡Hum! Ya te has enamorado de la india...

—¿Y qué tiene que sea india?

—Nada. Pero te pasará pronto. Tú no eres para esa clase de amor. El amor de los indios es más sencillo que la "llucta" y nosotros estamos imposibilitados para amar sin complicaciones. Queremos siempre lo que no tenemos. La ciudad nos ha habituado a su mentira, a la máscara de lo convencional y el sentido común.

—Sin ir más lejos: ¿has visto que no pudimos dejar nuestras pretensiones, ni aquí mismo, entre estos buenos indios? No he-

mos comido junto con ellos ni una sola vez, dormimos en camas mullidas, y no hemos sabido beber el agua buena de los peñascos andinos, como ellos. Pienso, sencillamente, que lo único que hicimos estos días es transportar el carnaval de la ciudad a los humildes pueblitos en que estuvimos.

—Quizás tengas razón. Tal vez no hemos sido sino vulgares pierrots. ¡Y no ha faltado ni siquiera Colombina! ¡Trajimos al campo nuestros mezquinos ojos de la ciudad, y nuestra vanidad...

—¡Pero, qué buena la india Rosa...!

—¡Y la "girl" evangelista!

Seguimos...

Los rayos tibios, claros y limpios, de un sol naranja, proyectan la sombra de nuestros caballos en las montañas, bañándonos suavemente el alma...

PROLETARIOS DEL MAR

Sucedió en Sud América, donde tantos hechos trágicos se realizaron estos últimos tiempos. En una de nuestras repúblicas "democráticas"...

Parece un sueño diabólico, cuya única finalidad fuera golpear brutalmente los sentidos del hombre! Pero fué realidad: realidad triste y desgraciada, por cierto.

En uno de los barcos chilenos que hacen el recorrido por las costas del mar Pacífico, en el continente sudamericano, viaja Roberto Muñoz Yupanki, estudiante peruano deportado por la dictadura de Sánchez Cerro. El vapor después de varios días de navegación casi continua, atraca en Iquique, donde habrá de demorar toda la noche, cargando y descargando fardos de mercancías y productos de las costas visitadas.

..Este descanso obligado sienta a las mil maravillas a los maltrechos cuerpos de los pasajeros, hastíados del bamboleo interminable del barco, aumentado en los últimos días por los grandes oleajes del mal llamado "mar Pacífico". Y mientras los guinchos y las grúas recomienzan su labor chirriando, Muñoz Yupanki baja a tierra, como otros pasajeros, echándose a andar solo por las calles del alegre puerto, sin rumbo. A poco le llama la atención un letrero: "El Gato Negro" — café-bar, — y entra allí a descansar un momento.

Se fija en un parroquiano del café sentado en la mesa vecina, reconociendo en él a su viejo amigo Carlos Alfredo de Urdantía, que ha llegado casi al mismo tiempo, hace pocos instantes. Urdantía es un amigo de la infancia de Muñoz.

Su cara ya no es la misma de antes, de cuando muchacho. Denota ahora hondas preocupaciones, amargura, odio hecho rebeldía.

—Cuéntame tu vida... ¿Qué haces aquí?

Urdantía pide algo de beber. Ahora bebe como nunca. Parece que el mesonero lo conoce: viene al acto con unas copas de pisco — aguardiente de uva — y Urdantía principia a contar a Muñoz Yupanki, su vida:

Está ahí desde el trágico fusilamiento de su hermano Telmo, por la dictadura de

Sánchez Cerro. El y su hermano Pancho eran los únicos sostenes del hogar, desde la muerte del padre. La familia quedó en la pobreza. El padre había trabajado esforzadamente toda la vida, para no dejar nada!... ¡No tuvo suerte!...

—Al poco tiempo de esto mi hermano mayor entró a la Guardia Civil. Y entonces con el trabajo de Pancho y el mío la situación de la familia comenzó a mejorar, permitiéndonos una vida modesta y la educación de nuestros hermanos. Telmo, mi hermano menor, iba ya a la escuela...

—La tranquilidad volvía a mi casa. Mi madre, que estaba enferma, mejoró. Pero este bienestar no duró mucho y no sé qué maldición volvió a nuestra casa.

—Un día mi hermano Pancho es encontrado muerto en el mar, por sus mismos compañeros de la policía, con los que estaba haciendo ejercicios de natación en las playas de Chuquito. La familia no quiso creerlo. El luto volvió a ella..., dice Urdantía. Su semblante revela honda y contenida pena. Habla con emoción. Bebe unas copas del pisco y prosigue:

—Mi madre se enferma otra vez. Todos nuestros cuidados son inútiles. La pena nos la roba día a día. Cuando llegaba del trabajo sorprendía su mirada fija en cualquier objeto, ausente a todo lo que le rodeaba.

¿En qué cosas pensaría la vieja?...

—Pasamos algunos meses de miseria. La vida se hizo difícil con tantas revoluciones y movimientos políticos, y mi trabajo sólo no alcanzaba para sostener a toda la familia. Es necesario cortar la educación de mi hermano Telmo, el menor de mis hermanos, y buscarle trabajo. Ingresa como aprendiz de maquinista en el crucero "Bolognesi". Telmo tenía entonces dieciocho años, pero parecía un hombre hecho y derecho por su manera de ser, por la responsabilidad y el empeño que ponía en todas las cosas. Era alto, de grandes ojos verdes... ¡Quién habría dicho que iba a morir fusilado tan cobardemente!... — tiembla de indignación, queda unos minutos en silencio tratando de recordar: bebe las copas de pisco de la mesa y pide más... Luego, bruscamente, como si despertara de un largo sueño, abre los ojos agrandados por la fiebre del ingrato recuerdo, y prosigue:

—Todos teníamos cifradas grandes esperanzas en este muchacho, dado lo aplicado que era al trabajo. Iniciado en el modesto puesto de engrasador de máquinas del "Bolognesi", soportaba cualesquier trabajo, ansioso de crearse una situación.

—Mientras tanto los asuntos del país iban muy mal. Se hablaba de revoluciones y de guerra, y se apresaban constantemente a es-

tudiantes y obreros que no pensaban como el dictador.

—Tanto abuso llegó un día a hacer eco en el alma de los marineros del "Bolognesi": un puñado de valientes trabajadores del mar que sacrificaron su vida en un momento dado, para que el tirano no continuara avergonzando a América! Mi hermano Telmo fué uno de los más valientes. Los que lo vieron en sus últimos momentos me dicen que no perdió su valor, azuzando a la acción a marineros más viejos que él, en instantes en que muchos principiaban a flaquear.

—Fatalmente no faltó un Judas. El movimiento se perdió por la traición de un marinero que saltando al mar, sigilosamente, alcanzó la orilla a nado, vendiendo a sus compañeros. Esto lo sé a grandes rasgos, pues de lo demás sé muy poco. La misma mañana del suceso caí preso... y poco tiempo después era deportado a este puerto, donde trabajo y conspiro contra el tirano!...

Telmo antes de la sublevación no dijo nada en casa. No hablaba casi ni nos contaba nada de su vida de abordo. Nosotros maliciábamos que algo le pasaba, pero nunca habríamos adivinado de lo que se trataba. Se le notaba pensativo, preocupado, como absorto en un pensamiento fijo y único.

—El último domingo que estuvo con la familia llegaron de visita unas chicas amigas de mis hermanas. De una de ellas gustaba mucho Telmo. Conversando sobre diversas cosas fueron a dar en el tema del día: la política! Se hablaba a soto voce por todas partes de un movimiento revolucionario. Había intranquilidad en el ambiente. Telmo al despedirse de vuelta al crucero, sólo dijo:

—No se preocupen... ¡pronto caerá el tirano!

—Al día siguiente — un lunes — me levanté muy temprano. Oí bulla en la calle y salí a la puerta a curiosear. Unos transeúntes pasaban comentando alarmadamente ciertos acontecimientos. Les oí decir revolución... Pregunté qué pasaba:

—Se han sublevado los marineros del "Bolognesi"... ¿No sabe? — me contestaron asombrados, y siguieron caminando apresuradamente.

—Volé a vestirme y salí a buscar más noticias sin hablar. Mientras iba por la calle pensaba en multitud de cosas. La cabeza me daba vueltas y apresuraba el paso, cada vez que pensaba en Telmo, que seguramente estaría metido en la revolución. Negros presentimientos se agolpaban en mi cerebro aturdido.

—Llegué a la esquina, cuando un auto

paró frente a mí, secamente. De él bajó un hombre alto, vestido de azul, que vino a mi encuentro.

—¿Usted es el señor Carlos Alfredo Urdantía?... — me preguntó.

—A sus órdenes, le contesté, intrigado.

—Nos acompaña. Ibamos en su busca. El señor prefecto quiere hablar con usted, me dijo, señalándome un sitio en el auto, en el que había dos individuos más.

—Comprendí inmediatamente que estos tipos eran ''soplones''. Pensé resistirme, pero vi que estaban armados y habría sido inútil...

—Subí al auto a ver qué quería el Prefecto...

Urdantía habla con honda indignación. Hace un alto en su relato. Su mirada salta de su copa vacía de pisco a los turbios e insomnes ojos del mesonero, que también le está escuchando, recostado en el mostrador. Hay una pesada atmósfera de tabaco "Compadre" en derredor...

—Más "pisco" — grita Urdantía bruscamente — y el mesonero ya le tiene ahí lista otra botella. Muños Yupanki piensa en la extraña pasión que le ha nacido a su amigo por el alcohol... Mira el reloj de la pared que marca las tres de la mañana, y sacude el hombre a Urdantía que ha que-

dado amodorrado sobre la mesa. Le ruega que termine el relato.

—Bien, — dice éste con opaca voz, haciendo un ademán pesado con el brazo, en el aire. "Ya nada tengo que contarte: me tuvieron preso un mes en la prefectura y me deportaron después. En ese tiempo fusilaron a mi hermano Telmo y murió mi madre. Sólo después llegué a conocer los hechos por cartas de amigos y pasajeros que pasan por acá... Y al decir esto su mirada se sumerge en el buen licor de la botella, que lo emborracha y hace olvidar!... Luego levanta la cabeza que se le cae al pecho, y con los labios apretados, llenos de odio, concluye monologando:

—Mi hermano caa... rajo!... fué coo... bardemente asesss... sinado! ¡Fué enterrado vivo! Y al decir esto saca del bolsillo del saco una carta que alarga torpemente a Muñoz, y se tumba rendido, semi-inconsciente, sobre los brazos en cruz, en la mesa del café.

La carta escrita por un viejo periodista peruano desde Lima, dice, leyendo únicamente lo que interesa al asunto:

"...Quizás no debiera contarle todo lo que sé del fusilamiento de su hermano. Lo hago porque usted me lo pide y sé que será valiente para soportar tanto infortunio, mi buen Carlos Alfredo... Mediante influencias y trabajos que sería largo men-

cionar, logré al fin que un oficial amigo, de muchas influencias en el actual gobierno, me consiguiera un escondite desde el que pudiera ver, sin ser visto, la salvaje ejecución de Telmo y los siete marineros condenados a muerte por la Corte Marcial Ad-hoc que los juzgó... Le aseguro que hoy daría cuanto pudiera por no haberlo presenciado... Aún me estremezco y cierro los ojos espantado, al recuerdo de la escena brutal que se ha prendido a mi retina como una visión tenaz... Llegado el momento definitivo los ocho marineros fueron colocados en fila, junto a una zanja, abierta muy a flor de tierra. Unos eran morenos, de tipo indio; algunos blancos... Me llamó inmediatamente la atención su hermano, a quien conozco recién. Un muchacho bien plantado, de grandes ojos verdes. Mecánicamente pensé en el dolor de la familia que iba a perderlo para siempre... Aunque todos se mostraron serenos, como no he visto nunca hombres iguales en estos momentos, su hermano Telmo era superior a todo!... Tenía una mirada cortante. Tenía en el rostro mucha altivez y desprecio hacia sus verdugos — soldados bien pagados por el oro de la tiranía... — El ministro del Interior, pálido y nervioso presidía el acto, en compañía de otros oficiales. Cuando nadie lo hubiera pensado, repentinamente, su hermano

avanzó unos pasos delante de la fila de marineros, frente al cordón de fusiles que iban a disparar, y dirigiéndose al citado Ministro, mirándolo fijamente a los ojos, como queriendo penetrar por ellos al fondo mismo de su conciencia, le dijo:

"—Nos matan cobardemente! Está bien. Pero estos ojos — y se señaló las pupilas — le perseguirán a usted toda la vida!!...

"Y volviéndose, acto seguido, al piquete de soldados mercenarios que temblaban, con los fusiles en las manos, les gritó:

"—¿Y ustedes, qué esperan?... Disparen, cobardes!... — Y se colocó muy erguido junto a sus compañeros.

"Se oye una descarga cerrada. Los ocho cuerpos de los marineros caen a tierra muy cerca de la zanja, a la que costará muy poco trabajo arrojarlos. Sólo uno de ellos se debate en extorsiones, en la tierra húmeda de sangre: es su hermano, que no ha muerto aún!

"El viejo teniente Z. — demasiado viejo y gordo para este grado — como en terrible lucha consigo mismo, murmura algo que no alcanzo a oír bien, y dispara el tiro de gracia sobre la frente del muchacho, que queda inmóvil, al parecer muerto!... Después he sabido que lo que dijo el teniente Z. fué: "ahora los viejos a la obra y los jóvenes a la tumba"... parodiando al revés a

González Prada. Dicen que desde entonces ha quedado medio loco.

"Aún hay más, desgraciadamente. Me ha contado un marinero que me merece fe, que al día siguiente de los sucesos, en la mañana, la marinería de los otros buques de guerra fondeados en la bahía del Callao, frente a la isla de San Lorenzo, —teatro de los sucesos— comenzaron a intrigarse al ver volar muchos "gallinazos" sobre la isla, cerca del sitio mencionado. Pidieron permiso a sus jefes para ir allá a ver qué pasaba, presintiendo que los cuerpos de sus compañeros no estuviesen bien enterrados. El permiso fué concedido inmediatamente a una comisión, y uno de sus componentes fué el marinero que me relató el caso. Tomaron un bote y se dirigieron a la isla... A medida que se acercaban vieron una cosa blanca, inmóvil, emergida del suelo. No atinaban a explicarse lo que sería, pero al acercarse más y saltar a tierra, una mortal palidez invadió el semblante de todos: era la pierna de Telmo Arrué, que había sido enterrado vivo!...

"¡Murió, luchando desesperadamente con la tierra!"

UN VUELO EN LAS SELVAS

Daniel Harris tiene las características psicológicas del hombre de la Amazonía. Es ambicioso y violento.

En el amor con frecuencia tropieza con grandes dificultades, por su temperamento dominante e imperioso, al que llega a supeditar otros sentimientos. Nunca ha estado verdaderamente enamorado.

Vive con aspiración renovada y latente de grandezas. Vivir por vivir, como tantos otros lo hacen, le parece a él sencillamente detestable: "A vivir como vitrina de avenida, preferiría pegarme un tiro"... se le oye decir siempre.

Cuando su existencia es parca en emociones, él se las crea a cualesquier precio, aún tropezando con serias limitaciones de orden material. Entonces piensa decepcio-

nado que la felicidad es un atributo del dinero. Pero cuando ve a los hombres en el mercado de la vida, empeñar por ella los mejores valores del espíritu, se rebela y exclama indignado: "Maldito dinero que para tantos es la mayor felicidad alcanzable en este mundo..." El recuerda haber tenido en ocasiones mucho dinero y no haber sacado en resumidas cuentas, al final, más que diversiones fugaces y hastío...

Ha viajado algo, pero los viajes también no le han brindado sino frutos incompletos.

Y un día, al regresar de su último viaje por Norte América, cual arriesgado jugador a la bolsa, que de golpe decídese a jugar toda su fortuna a las acciones en alza, Daniel Harris resuelve hacerse aviador. Le subyuga la pasión del vuelo, desea encontrar nuevas emociones o en el peor de los casos la muerte: que todo lo prefiere ya a su vida actual, que principia a sentirla vacía y mediocre.



A los dos años sale de la Escuela de Aviación de Ancón, donde ha hecho su aprendizaje, brevetado de piloto aviador y con el grado de Alférez de la aviación peruana. Poco después lo destacan a Iquitos,

hermoso puerto fluvial sobre el gran río Amazonas, de donde es nativo.

Allí vive su padre, don Samuel Harris, viejo gentleman cortés y enigmático, austeramente retraído en su casita de campo, cercana a la ciudad. Muy poco sábese de su vida; pero de lo que nadie duda es de que "Dani" — como llama a Daniel desde muchacho — es su único cariño e ideal.

Ahora volverá a verlo, a tenerlo a su lado, después de más de dos lustros de ausencia. Y el día de su arribo, con jubiloso pensamiento, va el anciano al campo de aviación. Daniel llega de Lima con otros aviadores, en cómodo y moderno trimotor.

"Dani" vendrá quizás a calmar la ignorada tragedia de la vida de Mr. Harris, que llena sus noches de negra e interminable angustia. Noches en que se siente morir. Misteriosas y bellas como son las de las selvas amazónicas, que pueblan no obstante su imaginación, de obsesionantes pensamientos y visiones. Su nerviosidad es tanta, a veces, que se asusta hasta del alegre y dulce canto de las "mariquiñas": palmípedos salvajes que vuelan en bandadas, de uno a otro punto de las selvas, orillando los ríos, comúnmente en las noches de luna...



Daniel Harris no conoció a su madre. "Murió cuando tenía apenas dos años", le contó en cierta oportunidad don Samuel Harris, quien rehusa y se entristece profundamente cuando se habla de ello.

Mas ahora Mr. Harris piensa: "Es ya un hombre "Dani". ¡Cómo ha pasado el tiempo! Es el vivo retrato de su madre: sí, son de ella su sonrisa y sus ojos de mirar indescifrable, al mismo tiempo dulce y cruel: ¡como ella!..."

Y en los atardeceres, sus ojos se pierden en la lejanía de sus recuerdos íntimos y el horizonte, teñido de unos como grandes brochazos de sangre, trazados por la mano maestra del pintor señor sol, enérgico y omnipotente rey de la amazonía salvaje.



Una tarde don Samuel Harris está solo. A hurtadillas brilla una lágrima en sus cansadas pupilas, bajo la evocación de extraños recuerdos, cuando es sorprendido por su hijo, que llega en este instante con dos aviadores, compañeros suyos, precedidos por "Gavilán", hermoso perro de caza, que salta alborozado y hace fiestas a los visitantes. Mr. Harris precipitadamente se limpia los ojos y sonríe.

—Buenas tardes papá, — le dice Daniel,

abrazándolo como de costumbre, mientras inquieto procura explicarse íntimamente el motivo de la insólita pena que acaba de descubrir en su padre. Se sobrepone luego, tratando de quitarle importancia, y agrega familiar y jovial:

—Mi viejo: te presento a los tenientes José Ramírez y Miguel Delaney, mis compañeros y mejores amigos, desde la Escuela de Aviación.

Los aludidos jóvenes aviadores se inclinan corteses ante el papá de Daniel, y dice el primero de los nombrados, sonriendo:

—Efectivamente, somos muy buenos amigos: Daniel es un gran muchacho, quitándole su único gran defecto: su eterna insatisfacción por todo! Pero con Delaney y conmigo se entiende perfectamente; tanto que en la escuela nos apodaron "El Triángulo", pues andábamos siempre juntos y siempre de acuerdo.

Acto seguido, Mr. Harris invita a todos a pasar al salón próximo, especie de hall que da al campo, en el que corre suficiente aire para mitigar la cálida temperatura ambiente. Charlan allí un buen rato y luego pasan al comedor, a cenar.

La cena es frugal. Transcurre alegre, salpicada de risas y anécdotas de la vida de los tres aviadores: peripecias y triunfos de la carrera... en fin, de cuanto pueden ha-

blar en presencia de Mr. Harris, que aunque bonachón y cordial, inspira siempre a todo el que lo conoce no sé qué raro y silencioso respeto.

Terminada la cena vuelven al hall a charlar y fumar.

A las diez de la noche despídense los amigos de Daniel, quedando en verse con él a la mañana siguiente, en el campo de aviación. De orden superior tendrán que realizar unos vuelos de excursión, a causa de ciertos disturbios internacionales recientes.

Los dos jóvenes aviadores visitantes saludan afectuosamente a Mr. Harris y Daniel; no sin gritar antes al último al salir de la casa:

—Mañana a madrugar... ¡Que no se te peguen las sábanas!...

Sus sombras proyéctanse largas en las paredes de algunas casas vecinas y en el camino que va a la ciudad, y se pierden.

Una hermosa luna llena, redonda y bermeja, escala lentamente el cielo, alumbrando los montes, y rielando de mágicos reflejos las tranquilas y majestuosas aguas del gran Amazonas.



Mr. Harris se retira a sus habitaciones en silencio. Habría querido revelar a su hijo en estos momentos el gran secreto de su vida, que tanto le preocupa, porque ahora Daniel es hombre y sabrá comprender... Pero le faltan fuerzas y no sabe cómo comenzar. Finalmente, renuncia una vez más a su deseo. Y se consuela con el pensamiento de que no debe quitarle a su hijo sus pocas ilusiones y volverlo más decepcionado de lo que es.

Y aquella noche, como tantas otras, Mr. Harris se revuelve nerviosamente en la cama, tratando de conciliar el sueño, inútilmente.

A la mañana temprano Daniel está en camino a la base aérea. Al poco rato llegan también Delaney y Ramírez. Horas después los tres aviadores tienen listas sus máquinas y reciben la orden que esperaban: inspeccionar debidamente ciertas zonas de la región.

A los pocos minutos, dos potentes aviones, modernas aves de acero, hienden los aires con fuerte ronquido, hacia poniente...

Proyéctanse a lo lejos en la sencilla imaginación de los nativos, como dos enormes chinchilejos... — coleópteros que vagan al mediodía, haciendo un lánguido ruido con las alas.

Los hidroaviones vuelan juntos en la mis

ma dirección. Después, la máquina del teniente Ramírez voltea a la izquierda, siguiendo el curso de un afluente del Amazonas.

La otra marcha a vertiginosa velocidad en manos de Daniel y Delaney, piloto y mecánico, respectivamente.

Delaney no es amigo de hacer proezas en el aire, en pleno vuelo, como le agrada a Daniel, enormemente. Pero puesto en el trance, tiene que tolerar a su compañero, que va haciendo algunas, "como para probar la máquina", según dice. Delaney le llama la atención en ciertos momentos. Un viento agradable, ligeramente cálido, golpea con fuerza sus caras. Daniel sigue encantado.

El mundo se ha reducido para él en ese instante tan sólo a tres cosas: el timón, la brújula y el croquis de la ruta a seguir.

Desde el hidroavión la selva es un infinito mar verde, y los ríos tenues estelas de un barco ignorado.

La máquina del teniente Ramírez se separa, tomando una dirección prefijada.

No queda ya de ella sino un pequeñísimo punto negro, que va perdiéndose entre grandes nubes opalinas, en un cielo limpio, azul añil.

De pronto Daniel Harris nota que una insignificante racha de humo principia a salir de la proa del aparato, la que poquito

a poco va en aumento. Avisa de ello a Delaney, inmediatamente. Hay que tratar de acuatizar en el río, que se ve abajo, a miles de metros. Felizmente lo logran, a los pocos minutos, mediante hábiles maniobras, casi a motor parado.

..Qué ha sucedido?

Sencillamente se han librado por segundos de casualidad de la muerte. El cabo de guardia en el hangar habíase olvidado, antes del vuelo, de tapar el conductor de la gasolina, la que escapándose a pocos estuvo a punto de inflamarse e incendiar el aparato, al contacto con la atmósfera.

Los dos compañeros se miran perplejos sobre el avión, que está siguiendo rápidamente la corriente del río. Y no tienen otro remedio que abandonarlo, ganando a nado la orilla próxima, como en las novelas folletinescas, o películas de cowboys. Ríen. Tienen la esperanza de que pase pronto alguna lancha, que los devuelva a la ciudad.

No saben dónde están. Presumen que en el río Marañón, pero no tienen seguridad. Son las doce del día en el reloj pulsera de Miguel Delaney: la hora maravillosa, la hora mágica de las selvas amazónicas, preñada de quietud y un vago silencio, apenas interrumpido por los dulces cantos de los bintibís y azules zuí-zuís, en medio de som-

nolencia tenaz y cálida, enervante temperatura.

¡Nadie! ¡Nadie!... El silencio. La selva! ¡El "Infierno verde"! ¡La inmensidad!...



Han transcurrido algunas semanas desde el accidente del vuelo Harris-Delaney. El teniente Ramírez realizó el suyo sin novedades.

Míster Harris está en cama, enfermo, hace algunos días. Su estado es de cuidado. Le asiste el doctor Rubén, que en compañía de Daniel y el teniente Ramírez están en un saloncito contiguo al dormitorio del enfermo. Pasarán toda la noche en vela. El doctor Rubén y Ramírez piden entonces a Daniel les cuente todo lo vivido desde el momento en que se produjo el accidente de vuelo, en pleno corazón de la selva.

—A las orillas del río Marañón, de aguas terrosas y un poco movidas— comienza narrando Daniel Harris — sin saber qué hacer, ni dónde estábamos, rodeados por todas partes por la selva intrincada e imponente, alimentándonos casi exclusivamente de frutos silvestres, pasamos días de continuada espera e inquietud.

En este momento se abre la puerta del saloncito y entra Miguel Delaney. Saluda a todos, informándose por la salud del papá de Daniel, y luego se sienta en un sillón, junto al doctor Rubén, dispuesto a escuchar el relato de la común aventura vivida.

—Esperábamos que de un momento a otro apareciese alguna lancha de las que suelen navegar por los ríos, comerciando con los pobladores de sus márgenes. Inútil esperar: ningún ser humano llegaba a nosotros.

—Al cuarto día, repentinamente, oímos ruidos extraños, como de animales que se acercaban. Subimos al árbol más cercano, para protegernos en lo posible del peligro que peresentíamos, cuando imprevistamente varias flechas volaron cerca de nosotros. Una de ellas dió en el blanco, en la pierna de mi buen compañero Delaney — dice Daniel tratando de sonreír — quien cayó bruscamente al pie del árbol, como un mono, y, con gesto que tuvo mucho de cómico, no obstante no dar el momento el más mínimo margen para la risa.



—En seguida salieron del boscaje varios indios, con las caras pintarrajeadas de encendidos colores y el cuerpo adornado de plumas llamativas, amenazándonos con sus

arcos de muerte. Uno de ellos nos dió a entender que debíamos de entregarnos. No opusimos resistencia, pues ni armas llevábamos y, por otra parte habría sido inútil.

—Nos condujeron con las manos atadas selva adentro, ante la presencia de un indio musculoso, de mirar extraño, algo viejo. Era a no dudar el curaca. Y aquella tribu: una de las tantas tribus salvajes de la hoya amazónica los "huambisas", según supimos después.

—El curaca de esta tribu se llamaba "Quintimali". Hablaba el castellano aunque no bien. Nos trató en buena forma. Al contrario de lo que esperábamos no nos hizo ningún daño. Habló unas palabras en su dialecto con sus hombres y al poco rato nos trajeron abundante carne de monte, que sació nuestra hambre. Comimos con verdadero placer, en absoluto olvido de la suerte futura. Después nos condujeron a una casucha de paja, bien vigilados, seguramente por orden del mismo "Quintimali". No nos sometieron a los suplicios de que tanto hablamos los blancos o "huiracuchas", como ellos nos llaman. Tal vez si aquellos salvajes son más civilizados y buenos que los hombres de nuestra tan decantada "civilización" — advirtió Daniel Harris, sonriendo con doliente ironía...

—No voy a contarles todo lo vivido en-

tre aquellos indios, pero os aseguro que nada nos sorprendió tanto como la presencia allí de una mujer blanca. A las pocas horas de nuestra comilona salió de la choza del curaca y se vino hacia nosotros, en compañía de una vieja, con la que se puso a curar a Delaney del flechazo recibido. Le envolvió la herida con unas hojas y flores silvestres raras y le advirtió finalmente, en un castellano de marcado acento extranjero, que se estuviese quieto, sin hacer el menor movimiento durante unas horas. Y volvió a la choza del curaca con el mismo aire misterioso con que había venido, acompañada de su ayudanta, la vieja india.

—Dicha mujer — prosiguió narrando Daniel Harris, haciendo un esfuerzo que no pasó desapercibido por sus oyentes — era de atrayente mirada. Sus facciones denotaban claramente que en su juventud había sido bella. Ahora acusaba tener unos cincuenta años. Tenía el cabello ligeramente grisáceo y grandes ojos verdes, que miraban dulcemente!...

—Sus labios finos caían en un rictus melancólico; antaño habrían reído alegres. Su semblante parecía esconder estoicamente alguna pena impenetrable y honda: ¿tal vez una quimera de juventud?...

—Sentí desde el primer momento una atracción inexplicable hacia ella, unos lo-

cos deseos de besarla con unción, con el más puro sentimiento, como a una madre. Una gran tristeza invadió toda mi alma. No recordaba haber sentido jamás nada semejante. Me sentía ligado de manera extraña a ella. ¿Me había enamorado como nunca? No sé. Fué algo que no pude explicarme. Mi vida ha cambiado mucho desde entonces. Algo como un presentimiento raro me persigue.

—Delaney no dejó de observarla con atención mientras lo curaba. Cuando se marchó, me dijo:

—¡Qué extraña mujer y que parecido tiene contigo! Si no supiera por tí mismo que tu madre murió siendo tu muy niño, aseguraría que esa mujer casi salvaje es tu madre. ¡Qué asombroso parecido!...

—Una mañana "Quintimali" rodeado de su tribu y sus mujeres, entre las que se encontraba la blanca, nos hizo conducir a su presencia, y en breves palabras de su castellano mal hablado, nos dió a entender que nos perdonaba la vida, con la única condición de que no volviéramos jamás por "sus tierras", y al decir esto la mirada reconcentrada del indio reflejó simultáneamente toda la bondad y maldad de que era capaz.

—Miró en seguida con gesto duro a la mujer blanca, que callada permanecía junto a él. Le hizo una señal como asintiendo

a su deseo. Y ella, que parecía estar aguardando este instante, avanzó hacia nosotros y nos obsequió un amuleto, consistente en un curioso atadijo de colores: unas piedritas negras resecadas al sol, veteadas de amarillo, de raros resplandores. Posiblemente contengan oro, pues, es sabido que lo hay en el río donde viven los huambisas.

"Inmediatamente temblaron sobre la frente de "Quintimali" las vistosas plumas de "huacamayo" y otros pájaros salvajes que la adornaban, ceñidas a un carrizo en semicírculo. Con gesto duro ordenó algo en su lengua indígena al grupo de indios que nos custodiaban, y en seguida se retiró lentamente con la mujer blanca, sus mujeres indias y el resto de su gente.

—A los pocos minutos caminando en plena selva por difíciles senderos, los salvajes nos condujeron al sitio donde nos habían apresado, a las orillas del río, y nos devolvieron la libertad. Luego nos hicieron entender que venía una lancha. ¡Ni brujos para haberlo adivinado! Así sucedió. A las pocas horas aparecía de surcada la "Sinchi Roca" y embarcamos rumbo a la ciudad, a la que llegamos tres días después.

—Los salvajes poseen un oído finísimo. Educados desde muy temprano a los mil peligros de la selva y una vida nómade y guerrillera, perciben ruídos ínfimos a distan-

cias sorprendentes. Acercando el oído a las aguas del río perciben el ruido de la hélice de la lancha que navega lejos todavía, a muchos kilómetros de distancia.

—¡Y así fué como nos salvaron la vida aquellos salvajes!... — terminó diciendo pensativamente Daniel Harris, como monologando consigo mismo.

En este momento el doctor Ruben pide permiso para ir a auscultar a su enfermo, y los tenientes Ramírez y Delaney se despiden conmovidos.



Transcurren algunos días desde la noche en que Daniel contara a sus amigos la rara historia del hallazgo de una mujer blanca entre los huambisas. Miguel Delaney lo visita con frecuencia, casi todos los días. Mr. Harris continúa enfermo. La fiebre no lo abandona, rebelde.

Una noche en que Delaney está de visita como de costumbre en casa de su amigo, éste le hace pasar a la alcoba del enfermo, que ha manifestado deseos de hablar con ambos.

El pálido rostro del buen gentleman casi no forma contraste con la blanca almohada en la que se apoya negligente. Está

emocionado, pero exteriomente conserva su serenidad habitual.

—Voy a revelaros el gran secreto de mi vida — dice, dirigiéndose a su hijo y al teniente Miguel Delaney.

"Usted señor Delaney la conocerá también. Ha vivido con mi hijo los hechos que tienen relación con lo que les voy a contar, y es su amigo íntimo. Yo podría morir de un momento a otro y no debo callar más. ¡Una invencible fuerza inexplicable, superior a mi voluntad me ha impedido hablar antes!

..."A tí "Dani" sólo una cosa te pido: seas fuerte para soportar el infortunio inmerecido de pagar mis errores.

"Bien hijo mío: esa extranjera de que hablaste, que conociste entre los huambisas: es tu madre, — dice Mr. Harris con visible esfuerzo y emoción.

Delaney queda extático mirando al padre de Daniel con grandes ojos de sorpresa. Este no dice nada. Baja la cabeza en silencio, profundamente conmovido. Palidece. La terrible verdad que ha escuchado lo sacude con violencia y lo sumerge inmediatamente en una breve inconsciencia. Se aclararon al fin sus vagos presentimientos!

—Cálmese padre..., — exclama con voz opaca Daniel, abrazándolo, con el afán de apaciguar su excitación nerviosa.

"Era muy joven cuando conocí a María. Acababa de llegar de Rusia a Newcastle, donde yo nací. La llamaban "Mariucha", familiarmente, y así me acostumbré también yo a nombrarla.

"Era alta y de atrayente silueta; grandes ojos verdes, finos labios. Reía con esa alegría sana e inocente del alma eslava. Me enamoré locamente de ella, y poco tiempo después nos casábamos, viajando para América, donde —me aseguraban— tenía grandes posibilidades de hacerme rico en poco tiempo.

"Después de un viaje relativamente largo vinimos a dar a esta ciudad, de donde nos trasladamos al río Marañón a trabajar en la explotación del oro. Me contrató una compañía de capitalistas extranjeros. La compañía no duró mucho tiempo; fracasó no sé por qué motivos.

"Entonces principié a sentir la ambición de buscar oro por mi cuenta y volverme millonario. Al igual que otros empleados españoles e ingleses, que trabajan en la compañía, estaba yo convencido de que aquellas regiones tenían oro. Las arenas que arrastraba el río me daban la razón, pues llegué a juntar algunos gramos de los lavaderos que construí especialmente para ese objeto.

"Aumentaba mi impaciencia. Los moradores de la región hablaban siempre de minas de oro custodiadas por "Quintimali", curaca de los salvajes huambisas, muy temidos en la región por su arrojo y maldad, que se decía no tenía límites cuando pescaban a alguien en sus tierras.

"No me desanimé por eso y dí comienzo a mis excursiones por las zonas de las que se hablaba. Mis intentos no daban resultados.

"Algunos compañeros me hablaron del peligro de todo ello. No les hice caso, perdido en la ambición de hacerme pronto millonario. Creía entonces que con el dinero viene la felicidad y yo deseaba mucha felicidad para Mariucha, tu madre, agregó Mr. Harris, mirando con cierta ternura a su hijo.

"No pasó mucho tiempo y una tarde se presentó bruscamente a mi casa "Quintimali", el curaca huambisa.

"Hablaba muy poco castellano. Por medio de uno de sus hombres que le servía de intérprete, me dió a entender su resentimiento por las incursiones que hacía en lo que él llamaba "sus tierras..."

"Indignado le contesté que esas tierras eran libres, no pertenecían absolutamente a nadie, saltando sobre él para abofetearlo. Pero me lo impidieron algunos peones que presenciaban la escena. Mariucha corrió ha-

cia mí convulsa. "Quintimali" la observó en silencio y luego hizo un gesto brusco a sus secuaces. Era una orden. Se retiró sin decir palabra, rápidamente, río abajo, como había llegado...

"Pasé varias semanas sin moverme de la casa. Mariucha me rogaba que no la dejara sola. Decía sentir un miedo tremendo e inexplicable desde aquel incidente. Ella, siempre tan valiente!

"Durante largo tiempo no me moví de casa. Me dediqué a las labranzas agrícolas, pero después de dos meses volví a soñar: volvió mi antigua obsesión: me ví regresando a Europa millonario. Terminé emprendiendo un nuevo viaje con unos nativos que aseguraban ser magníficos conocedores del terreno, otra vez en pos del oro!

Hizo una breve pausa Mr. Harris, y como un hombre que tratase de pasar de una vez un puente tendido sobre un gran abismo, continuó, los ojos agrandados e inmóviles, la respiración fatigosa:

"Tú "Dani" tenías dos años y Clara cuidaba de tí, — referíase a una buena y vieja criada nodriza.

"Recuerdo que tu madre, hasta el último momento, se opuso a mi viaje: "para qué quieres dinero, — me decía la víspera de mi partida, — si podemos ser felices sin él?...

"Pero más pudo en mí la ambición del

oro. Estaba fascinado y partí, en busca del codiciado metal, que me traería la felicidad.

"La expedición fracasó. Los nativos que me acompañaban eran unos granujas y me abandonaron a los pocos días de viaje, en cuanto les dí las mercaderías que me pidieron.

"Cuando regresé al fundo ya no encontré a Mariucha.

"La india Clara, llevándote en brazos y profundamente emocionada me contó, igualmente que otros chacareros y vecinos, que "Quintimali", a poco que salí de la estancia, llegó con sus indios, asaltando las casas y llevándose a Mariucha, junto con varias hijas de los mencionados peones chacareros.

¡Me indigné! Salí inmediatamente con varios peones sedientos de venganza, siguiendo los rastros de los salvajes. Inútilmente. Meses tras meses pasé buscándolos, sin resultado alguno. Un hombre civilizado no puede competir con un salvaje en el acecho y la sorpresa, y "Quintimali" es indio astuto como ninguno.

"Harán cinco años mi compadre Delfín Campos llegó a entrevistarse con Mariucha, con el permiso de "Quintimali", y le habló de un posible regreso a la vida civilizada. Pero dice que le contestó con tristeza que eso ya no podría ser. Se había acostumbrado a la vida que llevaba y hasta llegado a

tener afecto por aquel indio, que en todo momento había sido noble y muy bueno con ella, lo mismo que todos sus huambisas..."

Al decir esto cae míster Harris sobre la almohada, extenuado, transpirando con fuerza y sumido en una especie de sopor inconsciente.

A las pocas horas la alta temperatura que lo asediara tantos días principia a descender.

Miguel Delaney se despide de su amigo abrazándolo en silencio.



Dos días después los periódicos dan la noticia de la muerte de don Samuel Harris.



Daniel Harris no cree ahora en la felicidad. Sobre todo en la felicidad que es capaz de proporcionar al hombre la riqueza.

Su hambre de emociones y su euforia de vida decrecieron. Sólo subsiste en él agrandada una sola emoción: la del peligro! ¡Ama el peligro! Desde entonces será siempre él quien realice los vuelos más peligrosos y difíciles.

SAUDADES DE RIO DE JANEIRO

Caracol: que guardas de tus antiguas edades?
Cantos de tritones? Risas de sirenas?
—Tempestades, no más: tempestades!
Igual que los hombres el mar tiene penas!

Villaespesa.

Volver la vista atrás a veces es morir, otras vivir.

Recordar las tierras que uno ha andado, — como el Brasil, enorme y legendario, por ejemplo, — es vivir en saudade, tendiendo un puente al porvenir.

Saudade!: recuerdo sin amargura, capaz de hacerse literatura blanca con los años.

EL MAR

Balumba y bamboleo del barco holandés que navega de Montevideo a Río de Janei-

ro. Hombres de todas las tierras: Mr. Gifeiser y Mr. Bauer que regresan a Alemania de América, sin pasar de los treinta años: turcos, franceses, alemanes. Hombres de todas las patrias. El barco no sabe lo que lleva: es como el mar, igual con todos! Las olas siguen golpeando majestuosas y amplias, a babor y estribor, constantes, isócronas, lentas. La sal de la brisa marinera juguetea en la ventanilla del camarote. El barco como un borracho trasnochado se balancea..., y sigue avanzando.

RIO DE JANEIRO

A Río de Janeiro debe llegarse de noche; nosotros llegamos de día.

La plaza Mauá no dá la impresión de esa maravilla de millones de cristales de roca incandescentes, esparcidos por extrañas y caprichosas bahías, que es Río de Janeiro nocturno, visto desde Pan de Azúcar.

Pero el día nos reparará luego, una vez que penetremos más en la ciudad, por la avenida central que arranca desde la casa del gran diario "A Noite", — llamado así tal vez por ser la noche lo más bello de Río de Janeiro — pasamos por innumerables cafés, frente al "Itajubá Hotel" de más de una docena de pisos, el Palacio de Bellas

Artes y la Biblioteca Nacional y, "pegando o bonde" Leblón-Mauá llegamos al "Copacabana Hotel", donde está hospedada la Delegación Peruana a las Conferencias de Río, sobre el afaire Leticia. Al frente se rompen las olas de un mar esmeralda, clarísimas, ante las que Víctor Andrés Belaunde, tentado por el demonio de la estética, quiere hacerme leer, fervorosamente, el Cristo de Kempis.

Raulito Porras Barrenechea, los poetas Peña Barrenechea. Abrazos. Saludos protocolarios. Almuerzos a gran violín: cansancio!

Mas el nervio del afaire no está ahí. Está en los cholos de "dos pueblos hermanos que quieren convertir el Amazonas en un río de sangre fraticida", nos lo dice en sugestiva figura Getulio Vargas, en el Automóvil Club, al firmarse el tratado de paz entre los dos países hijos de Bolívar, en guerra.

Este Getulio es el más interesante de los Presidentes que he conocido. Pálido, de regular estatura, de hablar lento y medido, traduce en sus ademanes serenos yo no sé que rara sensación de vitalidad y de fuerza!

PERIODISTAS Y ESCRITORES

Un cuarto de hotel de nombre célebre, que sabe a gloria recién llegado del mar, molido

por las marejadas: ocho mil reis con piso de parquet, desayuno y buena vecindad: un regalo y al parecer una fortuna!...

Una tarjeta que cae de las maletas viajadoras con el nombre de Austregesilo de Athayde, destacado periodista pernambucano, amigo del Perú, a quien conociera en Buenos Aires, en una de esas librerías que no se cierran hasta las tres o cuatro de la mañana, hurgando libros. No obstante estar enfermo, escribe diariamente sus crónicas fuertes y combativas, en su sección internacional, defendiendo muchas veces las causas del Perú. Es moreno, de regular estatura, anchas espaldas, ojos de periodista nato que inquieren hondo. Habla lento y con dulzura, porque piensa que ser fuerte no implica ser hosco y duro. En su casa conozco a Víctor Maurtua, Assis Chateaubriand, Peregrino Junior y otros escritores.

Peregrino Junior es un desalmado periodista paraense que camina con el cuerpo tirado para delante. Trabaja con Athayde en "O Jornal" de Río; talentoso escritor, autor de "Pusanga", "Matupá" y "Una Dama no Seringal", novela amazónica traducida al francés.

Es el periodista de los grandes líos y escándalos del diario. Cuando pasa Ramón Novarro por allí le arma unas ingeniosas páginas de cosas "engracadas" para enlo-

quecer a las vampiresas cariocas. Es nervioso, ágil, toma la chicara de café de prisa, pensando en lo que va a hacer dentro de breves segundos, y se vá, perdiéndose en la gran ciudad en pos de una entrevista, un comentario o una sala de hospital, porque además de destacado periodista y escritor, Peregrino Junior es médico eficiente.

Herbert Moses, periodista dinámico, activo, emprendedor. Su vida está entregada casi por entero al bello ideal de dar la máxima fuerza a la "Sociedad Brasilera de la Prensa", de la que es Presidente hace varios años, y servir a los periodistas: concitando para ellos del Estado y la sociedad, la mayor suma de consideraciones y respetos.

Gilka Machado, la poetisa del escándalo, por el atrevimiento de sus sueños, que hieren la pequeñez humana. Autora de "Mi Glorioso Pecado", "Cristales Partidos" y otros libros que dieron que decir, es para mi la poetisa más brasilera y más grande del Brasil, no consagrada en academias ni círculos oficiales, pero sí en la intimidad de las conciencias de todos sus lectores. Desprejuiciada, honda, y de sensibilidad auténticamente sudamericana, hace pensar en Delmira Agustini, aquella otra gran poetisa uruguaya que muriera tan trágicamente en el tálamo nupcial. Me regala "Samba", hermosísimo poema al baile de los bailes brasileros,

y a la mujer de esa tierra cálida: "a quien no ama solamente quien nunca la vió danzando, sambeando, en las noches de luna!

Su hija Eros Volusia es una fina y grácil danzarina que está tratando de llevar a la danza el rico folk-lore brasilero, sacando sus motivos de la zamba, el machiche, las sertanejas, etc. Ahora me han informado que ha alcanzado ya merecidos éxitos.

Rosalina Coelho de Miller, poetisa y escritora de quilates. No se sabe si admirar más en ella su talento o su belleza cautivante. Es mi avatar, la vengo persiguiendo desde Santiago de Chile, sin encontrarla: parte siempre que yo llego a una ciudad por acaso del destino. Sólo en Río, ciudad de ensueños, logro hablar con ella, en su elegante torre de marfil del Hotel Gloria, donde se me muestra como una belleza oriental, desconcertantemente entregada a no sé qué raro culto budista y ciertas ideas revolucionarias en pro de un grandioso Brasil.

Alfonso Reyes: mejicano! Saudad de las saudades, el más noble amigo de mi bohemia. Gran embajador de su pueblo en el Brasil, en los días que inspiran estas líneas. Chiquito de cuerpo, pero que grande de alma!: había que dejarlo hablar no más! Cuando Amado Nervo, el poeta de las horas azules, lo escogió entre los hombres del mundo

para que prologara sus obras, por algo sería! Yo muy poco podría decir de su personalidad intelectual, tan conocida ya en todas las tierras. Para los hombres nuevos de América es el más puro y alto animador de sus inquietudes espirituales!

UN "DESCOLOCADO"

Un "descolocado" genial; un desocupado. Tiene treinta años y veintiocho ha estado "descolocado", me cuenta. Lo conozco una tarde cuando el sol se pone en los confines de la playa funda, tras un escándalo de nubes de colores. Negro de veras, bailador clandestino de macumbas. Habla con el gesto lánguido de la gente brasilera, que parece importarle muy poco lo que ha de venir. Está merodeando alrededor de unos chiquillos que juegan al pie de la playa, indiferentes al paisaje. Su nombre es un secreto que a nadie interesa. Podría llamarse Juan o Pedro y el mundo seguiría rodando como hasta ahora, siempre que no le quitaran su sonrisa resabida de personaje importante, que sabe muchas cosas ignoradas por los otros, y el morro da Favela y la playa funda. Es todo lo que posee.

Me acompaña algún rato junto a las arenas doradas de la playa, nostálgico no sé

de qué, con las pupilas y la cara negras, que ven a lo lejos ir apagándose lentamente el incendio del sol; tal vez el mismo que quemara antaño el cuerpo y el alma de sus antepasados.

Y me cuenta misteriosas historias de sambas y macumbas, con voz de secreto.

OTRA VEZ EN EL MAR

Mar, que llevas y traes la mala y la buena ventura, la mala y la buena esperanza; que expandes el pecho y lavas el alma con tu sal.

¡Mar!, acogedor con los que te quieren de verdad, que recibes siempre con los brazos abiertos, sin un reproche, a tus lobos marineros que beben en silencio, se emborrachan en tierra, y se calman en tu seno!

— Mar: seamos amigos!

El barco es hoy una piragua cargada de ensueños, desde cuya popa va perdiéndose, con rumor de olas y balanceo constante, isócrono, lento, una maravillosa ensoñación de nostalgias, plena de diamantes y brillantes que escintilan cada instante más lejos en la noche. La saudade esta vez quema como las arenas de un desierto. Río de Janeiro se aleja, se aleja!...

Una brisa marinera juguetea con el corazón.

Un rumor sordo y constante, que va y viene, se agranda y se achica, sigue al barco.

Nos hemos quedado solos: el mar y yo.

¡El mar!, ¡el mar!, ¡el mar!...

—Mar, vamos al bar a beber.

BATELON-CAFE

1

¡Doce de la noche en Manaos!... sobre su Majestad el Amazonas

Es necesario andar, deambular por los recantos, las calles abandonadas de la ciudad: lejos de los bares y cafés sin vida, de los edificios postales para turistas.

Vamos hacia el mercado: los cabarets y los mercados son las sístole y diástole del corazón de todas las ciudades: por ellos podremos llegar siempre más directamente al alma de una ciudad y sus gentes, que oyendo noticias sobre intelectuales "colosos", o viendo beber tan adustamente el soporífero "Guaraná Andrade", a caballeros portugueses de vestimenta endomingada...

Llegados al mercado bajaremos hacia la playa, llamada aquí "Rampa del Mercado": lo característico y auténtico de la ciudad,

a comer en paz unos peces fritos con "pupunhas" cocidas, en compañía de trabajadores del puerto y vagabundos: rematistas, cargadores, materos — gente de monte — campesinos y agricultores de procedencia desconocida. Me acompaña un criollo de la tierra, hijo de cearenses, los patricios por excelencia de la Amazonía: fueron ellos los desbravadores y dominadores de la mata en la cultura del caucho, la única de la que se puede hablar con certeza aún: ellos contribuyeron a la resistencia, el arrojo y hasta la imaginación hiperbólica del hombre amazónico. Desde los tiempos del caucho en que ellos trabajaban y predominaban quedó dibujada la fisonomía actual de sus ciudades, y la figura espiritual de sus hombres. En ambos se deja ver ese algo de aventura y huella que sigue, que pasa, propia del alma cearense: el verdadero, gran Quijote del Brasil!

—¡Boa noite prá os homens!..., — dice subiendo al batelón donde estamos Pedro Bicerra, más conocido por el sobrenombre de "Pedro Poca Ropa": "atravesador" de la rampa, tipo original, más bien alto que bajo, amplias espaldas, gestos enérgicos y mirada penetrante. Moreno, de marcada fibra cabocla.

A poco de conversar con él supe que era cearense y adiviné que tenía algo que con-

tar, por su sonrisa resabida y su hablar tranquilo, que mide al interlocutor, sin fanfarronería. Instantes después sube al batelón otro amigo suyo, también cearense. Toma la guitarra mientras nosotros bebemos café y fumamos y se pone a templarla, a tentarla, silenciosamente, como a una mujer. No llega a cantar nada. Inquiere, pregunta con la mirada disimuladamente sobre nosotros, al mismo tiempo que tienta y tiempla el instrumento. Habla poco, — lo necesario únicamente — cortés y tranquilo.

"Pedro Poca Ropa" asegura que aquel sí sabe tocar y arrancarle a la guitarra canciones hermosas.

Pero el otro nada dice, y más bien parece desmentirle, abandonando al rato la guitarra, en un descuido nuestro, sin llegar a cantar: únicamente ha hecho pequeños arpegios en sus cuerdas, como afinándolas...

¿Fué desgano? ¿Fué no sentirse en ambiente? No sé. Más adelante tal vez podré saberlo. Esta gente no se deja conocer en un minuto.

Nos despedimos de la gente del batelón, continuando con Bandeira — mi compañero de empresas deambulatorias — nuestro paseo en la noche. Antes de este se había alejado ya "Poca Ropa". Tendría algo que hacer en las canoas vecinas, que llegaban a

esas horas cargadas de víveres de las chacras del Amazonas y Río Negro.

¿Será "gancho", contrabandista o guardaespaldas, este "Poca Ropa"?...

Su amigo nos acompaña un rato en la playa como despidiéndose, y nosotros que queremos despedirnos no nos despedimos todavía... y seguimos charlando como de pasada, como si la frase que dijéramos en esos instantes fuera la última de la noche... y nos quedamos un rato más, y más, y, sin embargo, atraídos por el extraño afán de la aventura, o el magnetismo primitivo y auténtico de estas vidas originales de puerto, no nos despedimos! El cearense de la canción callada sigue hablando ahora. Nos cuenta que "Poca Ropa", su amigo, es el hombre más valiente de toda la rampa.

Y ya nos vamos, perezosamente. Estamos subiendo la pendiente que va al mercado, acompañados del amigo del malandro "Poca Ropa" cuando éste nos sale al encuentro, de uno de los recodos del camino, tras de unas casuchas de paja. Obsequioso y festivo nos invita a tomar café en el mercado y allá vamos, con nuestros recientes amigos. ¡Café de mercado, con olor a fruta guardada y miradas noctámbulas de hembras del amor barato!..., en el que gastan unos minutos de ilusión seres de las más diversas tierras, vigilados por veterano policía — año-

so padre de respetable familia civil — dichaso padre de respetable familia civil — dicharachero y amigo de meterse en la charla parroquiana! ¡Café proletario!... testigo de tantas historias, espejo de cuántos dolores callados!

El mesonero, gordo criollo brasilero, nos atiende solícito, sirviéndonos café y cigarrillos "princesa", de tabaco negro, que fuman nuestros amigos cearenses y que nos trae al recuerdo noches de Montevideo, Buenos Aires!...

Pedro "Poca Ropa" me ha enseñado a fumar del buen tabaco de Manaos: del negro, como el río que corre cercano, abajo, en la rampa: el único amor, la única caricia tendida en la soledad de su vida agreste y maleva.

¡Din!... ¡Don!... ¡Din!... ¡Don!... canta un reloj transnochado y bohemio.

¡Las dos de la madrugada!

En las alas del viento vuelan las dos notas, lentas, serenas, radiofónicamente...

Y me voy a mi hotel, a dormir también esta noche, — una noche más — con mi señora Soledad!...

2

Ahora ha llovido y el puerto está barriento. Hay que caminar como saltamontes desde el mercado hasta el café de la rampa, viejo batelón de toldilla y mesa puesta, tienda y casa en el río, a un mismo tiempo, donde se encuentran pescadores y chacareros siempre nuevos, siempre diferentes, todas las noches. Hay varios de estos batelones-cafés en la rampa: "Donha Flor", "O pasarinho", "Estrella da Manha", "O Viajante sem Porto"... Los chacareros y pescadores venden los copiosos racimos de plátanos, las sandías, fariña, pescado fresco, que traen, y van a juntarse con rematistas y cargadores en estos batelones, a comer algún fiambre, tomar café y charlar hasta que les venza el sueño. Entonces se van, y otros llegan. En "O Viajante sem Porto", por ejemplo, a to-

da hora hay gente, y a veces hasta música y bordoneo de guitarras. En el pequeño mundo de sus cuatro o cinco metros disponibles!, el resto — otros tres o cuatro metros — pertenece al patrón, sus familiares y las mercancías.

Los batelones-cafés viven siempre con medio cuerpo en tierra y medio cuerpo en el agua, en el río Negro, camino espejeante y ligero; en el que sospecho se perderá un día de estos, sugestionado por alguno de los enormes transantlánticos que cerca pasan diariamente, "O Viajante sem Porto", mi café predilecto...

—¿Qué es de "Poca Ropa"?

—¿Y su amigo?

—Devem andar por ahí... "Pouca Ropa" deve estar dormindo naquella choca, cuidando a carga de farinha que comprou hontem de noite...

Esto me sorprende. "Poca Ropa" es entonces un gran rematista, un gran comerciante, capaz de comprarse mucha ropa? ¿Y por qué no lo hace? Interesante! Entramos en charla. Pedimos café, cruzamos cigarrillos, y el palique salta de motivo en motivo, descuidadamente. El patrón va en busca de "Poca Ropa", a su miserable barraca, y no lo encuentra.

—Deve estar no jogo — afirma sonriendo, al volver.

¡Qué maravilla!... — pienso. — "Poca Ropa" es un personaje complejo. Pregunto dónde queda la casa de juego de "Poca Ropa", con ánimo de ir a arriesgar también yo unos miles de reyes... Todos sonríen:

—En cualquier parte, — responde el mesonero, — ¡quasi sempre no meio do río!

En el teatro de mi imaginación veo a "Poca Ropa" en un pequeño bote, de los que llevan pasajeros a los barcos de puertos lejanos, en el medio del río, con otros hombres tan rejugados y tauras como él: sobre el banco del bote, baraja en mano, apasionado, jugando una mala partida, traicionado por una mala jugada, de la que sale airoso, no obstante, merced al atrevimiento de su brazo fuerte y su alma audaz y aventurera...

A unos cincuenta metros se barruntan en la noche las chimeneas del "Hílari", barco inglés que llegó hoy y saldrá mañana.

3

..En la iglesia de la playa nadie queda sin nombre. "Don Curupira", le llaman al dueño del batelón-café "O Viajante sem Porto", por andar sirviendo día y noche a los parroquianos del batelón sin dormir, como el ave de la leyenda que lleva aquel nombre, que aseguran — los que la vieron — que se presenta al hombre solo, en plena mata, de día o de noche — pues nunca duerme — unas veces bajo la forma de un pájaro, otras de un perro, un venado, o cualesquier animal de monte.

"Don Curupira" siempre está sonriente. Si duerme son apenas unos cuantos minutos. A toda hora está listo para servir café a los parroquianos del "O Viajante sem Porto", vasto escenario de los hombres del

mercado, el río y los montes: ''atravesadores'', "carregadores", ''lavradores".

Esta noche el río parece un mar: en la negrura del aire no se dibujan, como otras veces, sus riberas! Sus olas de carbón pican y baten continuas la rampa, que cae y cede medrosamente el campo. La playa segundo a segundo se achica y desaparece bajo las aguas negras. Los mecheros de gas de los batelones cafés contrastan con la noche, guiñando sus luces pálidas al golpe del viento. Hay en el ambiente presagios de poca ventura, y, sin embargo, ahí están los hombres, los mismos de todos los días: impasibles, indiferentes a las amenazas de la naturaleza!, cuyos peligros saben dominar. Las tempestades y el buen tiempo los encuentran iguales, con las mismas caras curtidas, los mismos lomos hechos a la carga de todos los días. Esta noche se ponen a hablar de culebras y fantasmas del monte. Del veneno mortal de la "yararaca", el "cascavel", la "surucucú"!...

—Eu uma vez fiz fogo sobre uma "giboia" ... — dice un cearense viejo, con terrible énfasis.

Y luego cuenta la historia alucinante. De cómo se salvó de la "catinga" — olor mortal — del monstruo, y un compañero lo curó con humo y rezos misteriosos. Asegura que el monstruo aquel tiene una fuerza mag-

nética poderosísima para atraer a los hombres y animales que encuentra. El vió volar a los pájaros y aves cercanas solitas, hacia la enorme boca abierta de la "giboia", que avanzaba lentamente arrollando arbustos y todo lo que encontraba a su paso. Se parecía al tronco de un árbol grande caído en el monte, con musgo y plantas crecidas sobre su aparente corteza. "El con unos compañeros se pusieron a hacer fuego sobre un animal de esos, creído que era un árbol, y sólo al fin se dieron cuenta de que estaban sentados sobre una enorme "giboia", cuando ésta principió a moverse despacio, despacio!..."

Otro dice:

—Quando fuí buscar um cavallo no monte...

—¿O qué?

—Un cavallo... — repite. ¿De onde e voce?... Nao diz que e Parahibano? "Estou falando en minha conversa. Entao voce me entende". — dice ceñero — pensando que el otro le ha tomado para chanza. Y los hombres se miran recelosos, prontos a la pelea. Uno de los dos calla. El que hablaba primero prosigue contando que la yararaca tiene los dientes cruzados, y el veneno sutil, que sólo sale de estos cuando el hombre se mueve, después de la picadura...

Una vez también estaba en su barraca so-

lito. Había "luar", cuando sintió imprevistamente golpes secos en el río, como si alguien batiese sus aguas con una tabla. No se veía nada!..., pero se sentían los golpes en el río, bajando y subiendo la corriente, varias veces. Hasta que finalmente se había el silencio. Instantes después se reanudaba el extraño ruido!"

—Ese é "o batedor"!..

El batelón se balancea y desprende de la orilla, por culpa del río agitado que no cesa un segundo en sus oleajes picados. Tres hombres saltan al agua y lo empujan nuevamente hacia la orilla. La charla continúa:

—O "Matintaperera" e invisivel, o mesmo que o "Mapinguarí"...

Alguien cuenta entonces la historia de un "Mapinguarí" con el que una vez se encontró en plena floresta: un animal extraño, entre ave y mono, que se aparece al hombre en el centro del monte, enloqueciéndolo con el horripilante olor de su cuerpo...

—¡Lluvia!... grita — en portugués — un cargador, desde la playa, y los contertulios de "O Viajante sem Porto" se desparraman hacia sus barracas y canoas, a defender la fariña, el pescado y los víveres que arrancaran con tanto esfuerzo a la selva, pródiga en aventuras y macabras visiones.

4

Dentro de breves instantes será mediodía en la playa.

El río, es un cristal roto en infinidad de pequeños pedazos que rebrillan al sol, con mágicos fulgores, y a veces hasta en la noche, pues el río Negro que tiene el alma blanca, es generoso y derrochador: devuelve centuplicada la mínima partícula de luz que recibe.

La rampa del mercado vive sus horas de fiesta, brillo y algazara! Gentes que compran y venden, que van y vienen, rodeadas de centenares de palomas que aletean de continuo por todas partes, comiendo desperdicios: mensajeras de la mezquindad de los ricos, sus propietarios, que vienen a engordar a la rampa!... Como ellos mismos, los

patriarcas de la ciudad, que muchas veces llegan en lujosos automóviles, a llevarse sandías, plátanos, maíz y toda clase de provisiones, a precios ventajosos.

—O doutor R., o senhor L. estiveram aquí ... — me contaban anoche en "O Viajante sem Porto".

Abogados notables de firmas extranjeras, comerciantes y hombres de gran volumen, vienen hasta esta rampa a hacerse de algunas provisiones.

Los gallinazos, negros como la ropa de etiqueta de sus días de gala, los ven llegar. Silenciosos y pacientes permanecen en la playa acechando la carroña!

En este ambiente de miserias y grandezas ignoradas vive "Poca Ropa", cuya vida sólo alcanzamos a ver de pasada. El es el rey implícito de la playa, el más taura y valiente de los rematistas de la "Rampa del Mercado". Ahí lo encontramos, en su barraca de la derecha, libre, con el alma y el cuerpo a los vientos, ligero de ropas — ropas rotas, mal cocidas, viejas — y sus cajones de maíz, sandías, fariña. El río sigue creciendo con mucha fuerza. Se llevará su casa un día de estos, pero eso no le inquieta: "Poca Ropa" vive, juega y mata en cualesquier parte!

El río semeja un mar. Sus aguas negras se tornan azules, cuando reflejan el cielo.

Sobre ellas está flotando ahora, a la izquierda de la rampa, una casa singular, con jardín, servicios higiénicos, sala de recibo y baranda mirador. Con paredes blancas y puertas y ventanas pintadas de azul. ¡Bella ocurrencia! Me dicen que a eso le llaman aquí "fluctuantes". ¡Un palacio en el río! "¿Invención tal vez de un comerciante muy celoso, a quien se le antojara en una ocasión construir esta casa tan hermosa, para encerrar en ella a la mujer que amaba, y dejarla allí atendida y custodiada, cada vez que él saltaba a tierra de compras?!"...

O quizás fué otro: un shiringuero profundamente escéptico y desilusionado, que cansado de la vida de las grandes ciudades, mandara construir cierta vez el primer "fluctuante" que se viera en el Amazonas: elegante y confortable; del que nunca bajaba, y desde el que veía, tendido en lujosa hamaca, con incurable esplín, las ciudades a las que arribaba, por imprescindibles necesidades comerciales?... ¡Allá en los tiempos del oro negro!"...

Consulto estos mis pensamientos con Pedro "Poca Ropa", mi amigo cearense, quien ríe de la ocurrencia y me dice que: "la mujer es un bicho muy desleal y traicionero, y peca siempre cuando quiere, aunque fuera con el guardián del "Fluctuante"!... — en el caso del patrón celoso...

El sol cae vertical sobre la rampa, la mejor poesía de la ciudad!

Las aguas diamantinas del río brillan y rebrillan en mil facetas, al ardiente cielo, que de rato en rato queda encapotado por negros nubarrones, cargados de humedad.

Los batelones cafés son grandes lagartos perezosos, que duermen al fuerte calor de la playa, inmóviles, esperando la noche, que vendrá como siempre: lánguida, con olor de sandía, plátanos abacaxys, maracujás... y las fantásticas historias de los caboclos buenos y sufridos...

HORARIO LIRICO

AMANECER

¡Río Negro del alma blanca!
¡Río lento del alma nostálgica!

La lancha del Carero con su largo cordón de canoas, insomnes, hace rato que ha llegado al puerto y dejado las sandías, plátanos, ananás... Los "carregadores" apresuran la faena, transportando a la playa la carga. Algunas sombras se miran silenciosas en el asfalto brillante del río, y bostezando principian a hacerse la toilette...

Los zui-zuís acentúan sus trinos.

Desde una minúscula canoa, un gallo cholo dedica su clarinada alegre y fanfarrona al disco del sol, bermejo y redondo, como una naranja guayaquileña madura, que se

proyecta en la otra banda del río, saliendo lentamente del monte.

Los mecheros de gas de los batelones-cafés se apagaron. Se arrollaron las hamacas y sordos rumores de ruedas y rieles se dejan oír en el muelle cercano, vivificado por los músculos entrenados de los caboclos fuertes y animosos.

¡Ojos, guinchos y manos!

El disco del sol es ya una enceguecedora luz de bengala, que va a quemar la rampa, el muelle y la ciudad. El asfalto del río Negro va a quedar más negro y brillante aún.

¡"Alegría" está contigo, canta en tus veinte años!

PUESTA DE SOL

La mañana con la tarde se juntan cuando menos pensamos, como la vida y la muerte, la alegría y la tristeza. Cuando nos damos cuenta ya estamos en la noche, aunque nos engañemos con el ensueño, como se engañan algunas noches con la luna llena, creyendo que es el sol!

La mañana y el atardecer se semejan. Son iguales los soles de la mañana. ¿Te fijas? Muy poca cosa de diferencia... Los rayos de luz un poco más vagos, más dispersos,

menos quemantes tal vez, únicamente, verdad?

No importa: el atardecer ganará a la mañana en depuración y elegancia. Verás.

La soirée carnavalesca principia en la jungla: el río pierrot y el cielo colombina pasan de brazo, disfrazados con los últimos retazos multicolores del sol, para asistir a la fiesta, acompañados por la chirrimía ensordecedora de grillos, sapos y chicharras.

Las lámparas incandescentes de las luciérnagas vagan en las sombras, alumbrando la comparsa...

¡"Alegría" te ha abandonado!

NOCHE

Y para recobrarla llevas ahora tus carnes gitanas a la alegría triste del burdel.

Todo lo mismo. ¡Todo viejo como el mundo!

Sales. Te pierdes en la noche...

La libélula vaga del viento te trae entonces las notas desafinadas del piano y las mujeres, que celebran al nuevo "coronel" — al nuevo mishé...

Tus pupilas llevan el retrato de Mimí y su sonrisa envejecida, — la patrona francesa de los tiempos del oro negro — que te

recuerda los versos del ebrio y divino Rubén:

"juventud, divino tesoro
ya te vas para no volver..."

A bordo del "Almirante Jaceguay",
Febrero de 1939.

INDICE

Pág.

LIBRO I

MITOS Y LEYENDAS DEL AMAZONAS

LIBRO II

RELATOS SURAMERICANOS



ESTE LIBRO SE TERMINO
DE IMPRIMIR EN LOS TA-
LLERES GRAFICOS DE LA
EDITORIAL TOR EL DIA
3 DEL MES DE ABRIL
DEL AÑO MIL NOVECIEN-
TOS TREINTA Y NUEVE